C. MAYA FRANCO - G. ACOSTA VALENCIA
A. ACEVEDO-MERLANO - J. CRAWFORD VISBAL (compiladores)

Máscaras

Ensayos e historias febriles

Edulp

debates

Máscaras
Ensayos e historias febriles

Máscaras
Ensayos e historias febriles

CLAUDIA MARÍA MAYA FRANCO
GLADYS LUCÍA ACOSTA VALENCIA
ÁLVARO ALFONSO ACEVEDO-MERLANO
JOSEPH LIVINGSTON CRAWFORD-VISBAL

(compiladores)

edulp

Máscaras, ensayos e historias febriles / Adrian Alonso Garcila Parra... [et al.] ; compilado por Claudia Maya Franco... [et al.].- 1a ed.- La Plata : EDULP, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8475-05-9

1. Literatura Argentina. 2. Ciencias Sociales. 3. Microficción. I. Garcila Parra, Adrian Alonso. II. Maya Franco, Claudia, comp.
CDD A860

Máscaras,
Ensayos e historias febriles

CLAUDIA MARÍA MAYA FRANCO, GLADYS LUCÍA ACOSTA VALENCIA, ÁLVARO ALFONSO ACEVEDO-MERLANO, JOSEPH LIVINGSTON CRAWFORD-VISBAL (Compiladores)

JOSÉ DANIEL ALFARO MORALES
Ilustrador

Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)
48 Nº 551-599 4º Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2021
ISBN 978-987-8475-05-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2021 - Edulp
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Presentación 7
El cuerpo y la peste 10
Pico y cédula 14
La tejedora 17
El enemigo invisible o las múltiples existencias del bicho 18
El canto de los carisucios o eupsittulas "pertinax" 25
Una sentencia no quita la dignidad 28
Amores virtuales 31
Experiencias y prácticas en tiempos de pandemia 32
La próxima pandemia será la del olvido 35
Historia debida 37
Metáforas de vidas aisladas 38
Luz y tinieblas en cuarentena 44
El ángel 46
De la crisis civilizatoria en tiempos del covid-19
y otros demonios 47
Nextcorp 53
Fantásticos discursos "virales" y otros relatos microbianos 56
El reservista 59
De puertas cerradas y ventanas abiertas 60
El venerable turista 63
Primer día 65
Coronavirus en: la construcción del concepto de sociedad 66
El encierro 73
Zac, el muchacho del amor platónico 76
El confinamiento y la educación en colombia 78
El patio de mi boda 85
El viejo ortiz 87
Combate cuerpo a cuerpo 89

Apología de la contingencia: un soliloquio en tiempos de pandemia 90
No hay vuelta atrás 97
El abstemio 99
19 100
Silencio sepulcral en los supermercados 106
Desde la ventana 108
El solitario 111
El covid-19, una oportunidad forzada para la reinvención 112
Insomnios y otros demonios 118
El silencio de los pinos 121
Soy, soledad frente a la incertidumbre 126
Mascotas en cuarentena 130
Vergüenza al alba 132

PRESENTACIÓN

Una pandemia en el siglo XXI, en el 2020, un año bisiesto, un año para no olvidar o tal vez para no recordar. Múltiples pensamientos, sentimientos, emociones, golpean el cuerpo y el alma, en encierros obligados, pero necesarios. Este acontecimiento, que ha llegado intempestivamente a nuestras vidas, ha entrado con fuerza para sembrar la incertidumbre.

Sin embargo, nada hay definitivo o generalizable en lo que se ha movido en nuestras vidas. Así, para algunos, la pandemia ha significado el tiempo esperado para el encuentro con libros guardados por años en los estantes de la biblioteca; desempolvarlos y abrirlos ha constituido una experiencia reveladora. Para otros, ha generado las más contradictorias sensaciones: llenos de tiempo, pero con montañas de trabajo que no dan espera; en cuyo caso la experiencia ha resultado, sin duda, agobiante. Para otros más, la pandemia se ha convertido en la oportunidad de reencontrarse con quienes, estando tan cerca en la convivencia cotidiana, habían sido relegados por las apretadas agendas, que suelen ser dueñas de un tiempo que no nos

pertenece. En fin, cada uno, si lo piensa, podría inaugurar una y mil formas de nombrar lo que ha significado la llegada del COVID-19.

Asimismo, mientras en la intimidad de los sentires y del encuentro con nuestros propios fantasmas, discurren en un tiempo, que puede ser asumido como eterno o efímero; las decisiones de gobiernos, muchos de ellos tan incompetentes, hacen más duro el encierro y la imposibilidad de la réplica. El capitalismo y su proyecto global neoliberal ha llegado a su fin, proclaman airosos algunos. Para otros, estos tiempos endurecerán el proyecto y su efecto será devastador para nuestros pueblos latinoamericanos. Lo cierto es que la crisis económica y las decisiones de gobernantes, que en tiempos de crisis apoyan a la banca para salvaguardar intereses de los poderes políticos y económicos; parecen dar pruebas inequívocas de lo que será el endurecimiento de medidas que afectarán a muchos y beneficiarán a los de siempre.

Posiblemente tengamos en común la sensación frustrante de que no es mucho lo que podamos hacer. Sin embargo, todo nos puede ser arrebatado salvo nuestro pensamiento crítico, nuestras sensibilidades frente a quienes más padecen y las enormes potencialidades que, en escenarios como estos, cobra la escritura: aliada común de quienes hemos apostado por las Ciencias Sociales y Humanas, por la Literatura, la Filosofía, la Educación, entre otras, o de aquellos que, estando en otras latitudes del conocimiento, cultivan el pensamiento crítico y la sensibilidad por nuestra frágil condición humana.

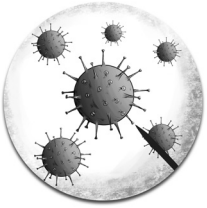
El libro *Máscaras, ensayos e historias febriles* expresa nuestros sentires, experiencias, pensamientos, reflexiones y cavilaciones en torno a lo que ha significado la presencia del COVID-19 y la "nueva normalidad" que trae consigo. De este modo, esta propuesta colaborativa se propone resignificar conceptos cotidianos que se asocian hoy a la pandemia, entre ellos, **estornudos**, **gotas** y **micropartículas**. Estos conceptos triviales, pensados como analogía en razón de su amplitud, sirvieron de pretexto para estructurar el libro. Realizamos entonces un paralelo, desde lo más extenso o visible, pasando por lo difícil-

mente discernible, y finalizando con lo invisible pero letal; **ensayos**, **relatos cortos** y **microficciones**.

Siguiendo esta analogía, así como tras cada estornudo se expulsan gotas que decantan en micropartículas, esas que nos obligan apresuradamente a cubrir nuestro rostro para protegernos del virus; a cada ensayo le siguen cuentos y microficciones, en una tríada que se repite mientras aumenta nuestra paranoia y distanciamiento social. Esperamos que, en este contexto, nuestros lectores reflexionen tras el acto de estornudar, salpiquen su corazón de gotas narrativas, y se dejen infectar de las esquirlas febriles que traen consigo las micropartículas. Que esas voces en su singularidad se unan a otras voces y pueblen un texto que haga memoria de lo vivido, de lo soñado, de lo temido, de lo anhelado, de lo sufrido, de lo anodino, de todo aquello que en épocas de crisis colectiva puede revelarnos tanto de nuestra condición humana.

Estornudo

Gota



Micropartícula

EL CUERPO Y LA PESTE

Rodrigo Ruiz-Lurduy

Cuando empezó la pandemia, los medios de comunicación masiva se saturaron con imágenes de cuerpos enfermos y de cuerpos agotados en los Hospitales. Los paralelos con la Peste Negra que azotó Europa en la Edad Media no se hicieron esperar, y circularon en los diarios sendos análisis históricos sobre las epidemias en el mundo. El libro de Albert Camus, *La Peste*, incrementó de forma considerable sus ventas, y apareció en foros, debates, reseñas, notas en los telediarios. Las películas y las series que tratan de la transición entre el fin del mundo y la sobrevivencia de la humanidad se hicieron virales, y las redes multiplicadoras regaron las imágenes de las ciudades destruidas o desoladas en las pantallas de los televisores, de los computadores, de las tabletas, de los teléfonos móviles. Lo que llamamos realidad empezó a tener visos de surrealismo, de fantasía; y la incertidumbre

violenta se incrustó en lo cotidiano, devorando los calendarios, los cronogramas, las programaciones y todos nuestros planes.

En cuestión de semanas el Mundo quedó afuera; y adentro, -los pocos- quedamos aislados, conectados y transmutados en espectadores. Una rutina monástica se instaló en las horas del día para tratar de sobrellevar la cuarentena; y las ventanas virtuales-reales, recogieron trozos para avizorar lo fáctico, eso que a duras penas arañamos con la razón y con los sentidos. Muchas de las cosas que pasaban desapercibidas empezaron a hacerse más pesadas, y otras, empezaron a derrumbarse; algunos ingenuos pregonaron el fin del Capitalismo, y otros, apostaron por el Fin del Mundo. Los relatos sobre la COVID-19 se hicieron fascinantes y extensivos, desde conspiraciones en los laboratorios de la República Popular China, hasta la misteriosa y sabia venganza de la Pachamama por recuperar su territorio; en medio de todos, estábamos los comunes, tratando de construir las propias formas de relato y de prácticas en torno a la pandemia, entre los informes científicos, los boletines de prensa, las cadenas de WhatsApp, las recomendaciones de la OMS, la OPS, el Ministerio de Salud, la Secretaría de Salud, el Instituto Colombiano de Salud, los vecinos, y Twitter.

Los comunes, sin ninguna duda, somos cuerpo. Ahí está *El Triunfo de la Muerte* de Brueghel, lleno de comunes; y el *Corral de los Apestados* de Goya; y los retratos de la tercera pandemia entre 1855 y 1959 en Hong Kong, Singapur, Mazatlán, Liverpool. Ahí están los vídeos, las fotografías y las infografías de la COVID-19; los comunes siendo más cuerpo que nunca, si es que algo somos, somos cuerpo, cuerpo de goce y cuerpo de sufrimiento. Ahí somos cuerpos: comiendo, durmiendo, lavando, vistiendo, enfermando, amando; todas las palabras que conjugamos o adjetivamos los comunes necesitan carne. Y siendo carne se personifican, aunque en *La Peste*, eso es ambivalente y se diluye.

En la hipervigilancia de la pandemia, el cuerpo que sentimos tan propio se nos enajena; se hace más visible y por tanto se vuelve dó-

cil. De la certeza que teníamos al gobernar nuestra carne, pasamos a la incertidumbre de no tener la posibilidad de manejarla; lo que hagamos con nuestro cuerpo ya no nos pertenece. Y a pesar que los comunes resistimos, la hegemonía de las ciencias biomédicas sobre nosotros se hace indiscutible, casi que ignorar sus advertencias se convierte en un delito. Y así, como el cuerpo nuestro se nos hace ajeno, el de los Otros se nos hace imposible, intocable, tabú. Entre lo peligroso y la fantasía, el cuerpo del Otro, ahora más extraño que nunca, se ha vuelto un territorio inexplorado, hasta indomable; los abrazos, los besos, la danza, las caricias, las carcajadas, el llanto, entre otras palabras que necesitan carne, se volvieron sospechosos, pero también llenaron los rincones de melancolía e inundaron las esquinas de nuestro deseo. Así, el cuerpo de los comunes empezó a sufrir insomnio, estrés, ansiedad, depresión, ahogo; y las redes masivas de comunicación empezaron a circular consejos, vídeos, advertencias, *tips* de cuerpos saludables, maquillados, *fitness*, que desayunaban yogurt griego y verduras, y hacían yoga una hora, y *burpees* otra.

Los cuerpos entonces se encuentran en contradicción; los comunes apiñados y cubiertos de plástico entre los tapabocas, los guantes, los respiradores, los trajes de bioseguridad y la inconsciencia al estar tendidos en una UCI o muertos en una calle; mientras las ventanas-virtuales se inundan hasta el hastío de cuerpos artificiales, moldeados, esculpidos, aparatosamente bellos, provocativos y sonrientes, ajenos a la vejez y a la pandemia. El cuerpo cada vez más pesado y presente, bien por ser vulnerable a la muerte invisible del contagio, bien, por estar distante de los cánones de belleza de las redes, se ha escindido entre la virtualidad y la virulencia; se ha dedicado a escapar de la muerte. La pandemia, a pesar de los números, nos ha escondido el luto, y en la hipervigilancia de nuestros cuerpos, ya ni el rito ancestral y antiguo de los funerales nos ha dejado.

Hemos aprendido muy poco en estos siglos sobre nuestro cuerpo y sobre la muerte, burlona, cósmica y macabra; en los tiempos inciertos y peligrosos de la pandemia, nos advierte que a pesar de que

esquivemos este momento descarnado, negar su triunfo es ilusorio, pues nadie sale vivo de aquí. Y ahí están nuestros cuerpos, entre la exposición y el control, entre la sospecha y el agotamiento, entre el deseo y el sufrimiento, en plena doctrina del shock, atrapados en las reglas eternas e inmutables del juego, tratando de burlar lo inevitable. Y es que quién nos podrá decir que estamos a salvo, mientras la ausencia de dios es evidente hasta para los creyentes, y la única risa lógica en el crepúsculo se muestra en la calavera. Las promesas de la tecnocracia que dan la espalda a la huesuda no nos brindan mitologías profundas sobre la vida; y en medio de la pandemia, los comunes nos hemos sentido huérfanos, mirando el sol ocultarse en el horizonte sin ganas de salir al otro día.

Humanidad soberbia; las fauces del túnel siniestro ríen ante la COVID-19 pues nos espera el cambio climático; ahí sí, con los comunes en resistencia, y los cuerpos desesperados por la sed, el hambre, el calor, el frío y la angustia de un exterminio solitario. Pero es que nada somos sin el cuerpo, más allá de lo etéreo, cómo imaginar el amor celeste y el odio infernal sin cuerpo; o el ejercicio de los injustos y el ardor inclemente de los inocentes sin cuerpo; o la buena lascivia y la ausencia dolorosa sin cuerpo. Principio y fin de lo que somos, en este feroz momento existencialista no nos queda sino el cuerpo; el nuestro y el ajeno, para llenarlo de palabras, y dar quizás aquello que nos falta, y descubrir quizás aquello que negamos. Y como dijo León de Greiff,

Todavía interrumpir, interrumpir otra vez, echar
más favilas al viento,
más guijarros, más lascas, más jacillas al mar,
más sueños al azar,
más azar al soñar,
más líneas de tangencias y evasión al cavilar (*Sonatina*, 1955)

PICO Y CÉDULA

Natalia Rocío Grisales Ramírez

Salía a toda prisa hacia el banco bandido. A toda prisa porque era su día de pico y cédula y en un par de horas tenía un compromiso *online*, impostergable. A toda prisa ponerse la ropa etiquetada desde inicios de la cuarentena como: "la ropa del coronavirus" así como, "los zapatos del coronavirus" que se quedaban afuera del apartamento, en el descansillo, porque son los zapatos del coronavirus, que no era bienvenido en la burbuja del hogar. A toda prisa recogerse el pelo en una moña, ponerse la gorra, revisar por quinta vez que la cédula esté en la billetera, que la billetera esté adentro del bolso, no vaya a ser que pase como en esa ocasión, en la que se subió al taxi y cuando iba a pagar, ¿dónde está la billetera? Y que: "Señor, por favor ¿me vuelve a llevar a la casa porque no tengo plata?". Salir a toda prisa escalas abajo, 401, la vecina: "Uyyy, ¿pa´dónde va tan bonita?" -ella sonríe

para afuera y piensa para adentro: "bonita con la ropa y los zapatos del coronavirus"-; 301, el bebé que está allá adentro, tira algo contra la puerta, el estruendo es enorme, pero no tanto como el de la noche en que tiró el televisor al piso; 202: silencio; 201: reggaetón; 101: los recurrentes y misteriosos gemiditos tempraneros que no lograba descifrar. Ajustarse el tapabocas, abrir la puerta del edificio, salir a toda prisa. En la esquina, un carro de la policía con tres sujetos de verde parados en la calle pidiéndole documentos al muchacho que barre las calles junto a su mamá. Estaba chiquito la primera vez que lo vio en el barrio acompañando a la mamá.

Ahora, mientras los de verde se pasaban el documento entre ellos, él, parado al lado de un árbol, escoba en mano, los miraba con desprecio mientras encendía el cigarrillo que pendía de la comisura de sus labios. La mamá observaba la escena, con evidente preocupación. A toda prisa siguió caminando, pero no con tanta como para llamar la atención de los de verde. Siempre les había tenido pavor, pero ahora más que antes, porque en tiempos de pandemia se les invistió con más autoridad de la que solían tener, es decir, que abusaban de ella, más de lo que lo solían hacer. Escuchó las voces a sus espaldas. Una con ese tono que caracteriza a los de verde, mezcla de sorna y desprecio, envuelta en un marcado acento del altiplano: "Sáquese ese cigarrillo de la boca y súbase a la camioneta, gran hijueputa". Y la de la mamá que preguntaba, casi en un berrido, que: ¿cómo así?, que ¿qué pasó? Y que, por qué le dicen así, no ven que ella es la mamá o sea que la están insultando a ella también. Detuvo la marcha al escuchar el intercambio de palabras, el banco bandido podía esperar. Mientras giraba de vuelta sobre sus pasos, un estallido seco como de trueno, sonó allí mismo donde se sucedía la acción entre los de verde, el hijo de su madre y la madre de su hijo. Tapándose los oídos, pero ya aturdida, miró hacia el lugar en cuestión, más un resplandor enorme impedía ver con claridad. Parpadeó varias veces para enfocar mejor, y allí, suspendido en el aire sobre sus cabezas, como colgado por hilos de nylon en medio del resplandor, el divino niño con sus

bracitos abiertos y el vestido rosadito, los miraba con dulce severidad, mientras sus inmóviles labios pronunciaban a todo pulmón su contundente sentencia: YO REINARÉ.

LA TEJEDORA

Mauricio Naranjo

Tejía y destejía tapabocas, como si de Penélope se tratara. Esperaba que el amor encarnado tocara las puertas de su corazón. Pero el distanciamiento social hizo que aquel extraño predestinado extraviara su camino. Abiertas todas las probabilidades, nunca perdió la esperanza. Hasta que un buen día, creó la más bella mascarilla que cubrió todo su cuerpo y se extendió por toda la tierra y por todos los mares, de modo que los árboles y los barcos eran una trama y una urdimbre de extraños colores y texturas. El navegante continuó su búsqueda inútil en medio de una telaraña de sueños.

EL ENEMIGO INVISIBLE O LAS MÚLTIPLES EXISTENCIAS DEL BICHO

Una fábula profética

William Andrés Martínez-Dueñas
y Astrid Lorena Perafán-Ledezma

"La envoltura del virus no es realmente gris y sus picos no son rojos: el patógeno es demasiado pequeño para tener color. Lo que los humanos perciben como color es principalmente la consecuencia de las ondas de luz que se reflejan o son absorbidas por las superficies de los objetos. Pero el coronavirus es más pequeño que la luz visible en sí. Su diámetro es unas tres veces más estrecho que el rango de longitud de onda de la luz violeta, la luz visible con las longitudes de onda más cortas."
(Chen, 2020. Traducción libre)

> "He contemplado todo lo que en el universo puede haber de monstruoso, e incluso los cielos de la primavera y las flores de verano me parecerán desde ahora impregnados de veneno."
> (Lovecraft, 2018[1926]: 155)

No quisiéramos usar lenguaje bélico, pero las percepciones y actitudes que hemos desarrollado en los últimos meses nos hacen sentir atrincherados y cuando debemos salir es imposible evitar el sentimiento de huida, evasión y furtividad para mantener en lo posible el aislamiento social; pero no escapamos del bicho, sino de sus vectores. Nuestras armas no son para disolver membranas, sino para contrarrestar las imprudencias, soberbia y malentendidos del prójimo. Al igual que en la serie de televisión postapocalíptica *The Walking Dead*, el menor de los problemas son los monstruos (los caminantes o zombis), estos son casi parte del paisaje, elementos estéticos del escenario del conflicto humano a escala molecular en el sentido de Lazzarato (2006): cada quien que crea lo que convenga y se salve como pueda. Así habita/interviene el SARS-CoV-2 nuestro mundo. Las múltiples existencias del bicho y sus efectos en la multiplicidad de socioprácticas derivadas, dependen de las maneras en que individualmente hemos experimentado sus efectos, que van desde "me está matando indirectamente", hasta el "no creo". De tal manera, si estamos en guerra, es a la final una religiosa: de los creyentes y los no creyentes en esa entidad que afecta o no afecta nuestras existencias. Y sí, parece que de esto saldremos mucho peor; como es costumbre honraremos a Murphy.

Dentro de las existencias del bicho, está aquella de los académicos post-estructuralistas y post-marxistas, el efecto en sus vidas se siente a través de las redes de poder, símbolos y trabajo con que ellos representan la sociedad. Pero cuando leemos a estos *rock stars* de la filosofía y las ciencias sociales algunos tenemos la impresión de que lo que se está escribiendo ya se había dicho al menos desde la década de los 1990, solo que ahora con el recurso de urgencia precipitado

por el bicho. No queremos dar la impresión de ser unos eruditos en filosofía de la post-segunda guerra mundial, pero de nuestra generación ¿quién no ha leído sobre biopolitica (Foucault, 2013 [1976]) y sociedades de control (Deleuze, 1999)? Claro está que la forma "perversa" en cómo somos producidos como individuos y sociedad nunca había sido tan evidente, al punto que la misma ciencia ficción pareciera etnografías del presente. Y curiosamente a la inauguración del optimista chthuluceno (Haraway, 2019), la reorganización planetaria a partir de las pocas cosas buenas que han dejado los periodos de destrucción antropogénica global, le apareció esta perturbación antagónica que podríamos llamar el cthulhuceno (sin la primera h) el terror múltiple, fluido y vaporoso que se condensa por todas partes y de todas formas; las infinitas existencias del virus.

El COVID-19/Coronavirus es una red inmensa de humanos y no-humanos que se insertan de diversas maneras en redes particulares de existencia, donde este puede operar como una prueba de fe de un ser superior, o un flujo de eventos políticos, económicos y sociales parcialmente controlables para ajustes geopolíticos, por mencionar algunas. En todo esto las partículas bioactivas juegan solo un pequeño papel, cuyo efecto es posible gracias al conocimiento instrumental (Barad, 1999). Son múltiples intra-acciones (Barad, 1999) donde dicha enfermedad y su agente causante (la cosa que no podemos ver) tiene diferentes apariencias, efectos y existencias, pero quizá el efecto más poderoso y difundido es el terror. El miedo es transcultural y estas entidades pueden devenir y encarnar muchas formas en cada mundo, afectando diferencialmente las percepciones de riesgo y terror, desde castigos divinos, hasta la tormenta de citoquinas, llevando a los líderes políticos y tecnocientíficos a encomendarse a fuerzas superiores o a clamar por la novedad del virus y lo poco que sabemos de él, aunque sabíamos lo suficiente para detenerlo.

Este ensayo no denunciará que en el orden económico-político transnacional la vida no importa, a menos de que sea productiva (dejar morir), o que la masacre también será pedagógica (epistemicidio)

en nombre del saber salvador. Tampoco sobre la explicitación de las profundas brechas sociales que esta crisis ha evidenciado y profundizado como nunca antes. Tampoco hablaremos de por qué las políticas de ciencia y tecnología en Colombia al enfocarse en el emprendedurismo y desarrollismo (sostenible o no), han abandonado progresivamente las ciencias básicas tan necesarias en estos tiempos (notablemente la biología molecular y la modelación matemática); tampoco insistiremos en que las tasas de contagio dependen más de características socio-culturales que de las intrínsecas del agente causante de la enfermedad (SARS-CoV-2); o que ahora salen las grandes editoriales transnacionales a "liberar" el conocimiento que han expropiado de las comunidades de conocimiento (solo lo relativo a la coyuntura); y finalmente no insistiremos más en que la última defensa que teníamos contra la enfermedad, el conocimiento, la llamada civilización, falló de todas las maneras posibles (no estamos diciendo que lo mismo ocurre para el capitalismo al cual no le importa tu ontología). No obstante, este texto hará parte de ese estrato cthulucénico en la noosfera, que identificará este oscuro periodo de tiempo, ojalá corto. Sobre lo que si arriesgaremos unas ideas es de la importancia de recolectar la mayor cantidad de conocimiento antropológico sobre este momento de la historia en la multiversalidad humana.

Para nuestro planteamiento es fundamental la idea que los humanos habitamos mundos diferentes que producimos sociomaterialmente de manera dinámica y situada, es por esto que proponemos que las preguntas antropológicas que pueden orientar las indagaciones sobre la pandemia y la postpandemia podrían ser: ¿cómo existe el bicho/coronavirus/SARS-CoV-2 en esos múltiples mundos que se traslapan? ¿cómo es que la enfermedad y aquello que lo produce existe en nuestro mundo? ¿cómo podemos negociar las condiciones de comprensión y acción? ¿cómo es que hacemos existir estas entidades? ¿cuáles son sus socio-materialidades? o al igual que muchas otras entidades ¿cómo recibimos sus efectos, al hacer parte de una red o flujo de eventos y seres que se conectan de formas heterogéneas? Esto úl-

timo porque quizás con excepción de los virólogos y microscopistas electrónicos (aquellos con capacidad para ver/representar un grupo de moléculas de nanómetros organizadas como aquello que llaman virus), a la gran mayoría de la población global se le está exigiendo un acto de fe, por esto hemos incluido como epígrafe un fragmento de un artículo titulado "Para vencer la COVID-19, los científicos intentan 'ver' al enemigo invisible" publicado en la famosa revista de fanáticos de la ciencia y la tecnología Wired.

Como propuesta concreta de análisis y dado que este ensayo es una fábula profética, lo cual nos da varias licencias para ser atrevidos, proponemos pensar con la categoría de súper-entidad (Perafán, 2013), sociomaterialidades que como el agua (Martínez-Dueñas, 2012, 2016) o la quinua (Perafán, 2013), integran características y efectos de múltiples mundos, y de esta manera se insertan en diversos circuitos de existencia particulares, tomando la sociomaterialidad que se ajuste a esos mundos particulares; por ejemplo vimos como el agua puede ser cosa, animal, persona o una intersección entre estos tres; o la quinua puede ser planta ancestral y superalimento. Así mismo el bicho/COVID-19/SARS-CoV-2 es de este tipo: molécula y castigo; enfermedad y conspiración; oportunidad y desgracia; terror y control; es ecológico y divino; en palabras de Mol (2007) es más que uno y menos que muchos (moléculas, enfermedad, probabilidades, bulos, sentimientos), el cual se inserta de manera particular en circuitos de existencia específicos, generando efectos igualmente diversos e inclusive contradictorios. Esto último genera lo que Viveros de Castro (2010) ha llamado equivocaciones sin control (o malos entendidos ontológicos), es decir cuando dos o más personas hablan de cosas diferentes y no se percatan de ello e inclusive consideran que están hablando de lo mismo (cf. Blaser, 2009). Esto se verá especialmente en las estrategias de cuidado y/o bioseguridad donde varios individuos pueden considerar que se están cuidando y sin embargo no lo estarían haciendo, porque el bicho existe de maneras diferentes en sus mundos. Al final cómo nos puede caber en la cabeza que algo

capaz de matarnos es tan pequeño que no hay forma que lo veamos. Que dicho asesino viaja en gotas de saliva humana que no sentimos cuando nos golpean, que entran en tu cuerpo y se apropian de él para reproducirse hasta que sea demasiado tarde para hacer algo. Y además de esto cómo puedes entender que a pesar de todo el conocimiento sobre virología y epidemiología para detener una pandemia los líderes mundiales no lo hicieron; y pese a ello eres optimista y asumes que habrá redención para los sabedores y que sacarán una cura/protección a tiempo a pesar de medio año de distopía.

El reto que se nos impone como científicos sociales (con cuerpos que enferman y mueren) es lograr, a partir de la descripción de las múltiples existencias del bicho, proponer un modelo para negociar las condiciones de comprensión y acción ante este tipo de fenómenos. Como pueden leer en estas líneas, no somos optimistas, ojalá (bella y poderosa palabra) las etnografías que se escriban nos contradigan rotundamente.

Bibliografía

Blaser, M. (2009). "La ontología política de un programa de caza sustentable". *WAM-RAM,* (4), 81-107.

Chen, S. (2020). "To Beat Covid-19, Scientists Try to 'See' the Invisible Enemy". Recuperado de https://www.wired.com/story/to-beat-covid-19-scientists-try-to-see-the-invisible-enemy/. Consultado el 4 de julio de 2020.

Deleuze. D. (1999). "Post-scriptum sobre las sociedades de control". *Conversaciones,* 277-286. Valencia: Pretextos.

Foucault. M. ([1976] 2013). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber.* México: Siglo XXI.

Haraway, D. J. (2019). *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.

Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor: acontecimiento y política en las sociedades de Control.* Madrid: Traficantes de Sueños.

Lovecraft, H.P. ([1926] 2018). "La llamada de Cthulhu". *Los mitos de Cthulhu*, 122-156. Barcelona: Ediciones Brontes.

Martínez Dueñas, W.A. (2012). "Quand H20 et esprit de l´eau se recontrent: coexistence de plusieurs mondes á Puracé, Colombie". *Recherches amérindiennes au Québec*, 42(*2-3*), 39-47.

_____(2016). *Flujos y redes multinaturales: un recorrido por mundos no[solo] modernos en Puracé, Colombia.* Popayán: Editorial Unicauca.

Martínez Dueñas, W. A. y Perafán Ledezma, A. L. (2017). "Pensando la conservación desde el multinaturalismo en una localidad indígena de los andes colombianos". *Universitas Humanística*, (*84*), 77-107.

_____(2018). *Postsostenibilidad: notas antropológicas para imaginar otros futuros comunes.* Santa Marta: Unimagdalena.

Mol, A. ([2002] 2007). *The body multiple: ontology in medical practice*. Durham: Duke University Press.

Perafán, A. (2013). *Quinuas, redes y nuevas significaciones en contextos del "desarrollo". El caso del El Rosal, Cauca.* (Tesis de doctorado). Universidad del Cauca, Popayán.

Viverios de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales líneas de antropología postesctructural.* Madrid: Katz Editores.

EL CANTO DE LOS CARISUCIOS O EUPSITTULAS "PERTINAX"

Natalia Giraldo

Desde pequeño su alma quedó gravemente inquietada por la vida natural, desde entonces seguía imperturbable, recorridos de bichos en su jardín, y otros días, su memoria repetía la imagen de un pollito deslizándose por un retrete, mientras en otro excusado, un equipo de niños naturalistas, esperaba que apareciera, por desplazamiento cuántico, el que prometería ser el auténtico animal insigne de la lógica Schrödingeriana.

El encierro avivó antiguas pasiones, y en medio de tan favorable circunstancia, volvió a los apuntes de infancia, que hubo de archivar tras una decepción de las tautologías del mundo. Con su leonado cuadernillo ochentero, que encarnaría soberbio tesoro, convivió por meses; garabatos de piezas, procedimientos y notas aparentemente inconexas,

oscilaban ingobernables, de la puerta del "laboratorio" al sillón, del sillón a sus laberintos conceptuales y de allí a un despeñadero de dudas.

Finalmente, tales jornadas de ensayo-error, habían materializado un disparatado sueño infantil. Mientras miraba por la ventana, presa de un delirio suscitado por plumíferos canturreos, despertó cuando la máquina tradujo estas garriduras:

- Cuánta calma, ¿qué pasará?
- Escuché que comió un animal que le salió justiciero. Ahí tiene su lección.
- Qué va, esa mula no aprende mijo, podría jurar que donde está, pensará que catamos para embellecer su mañana, a lo mucho, se lamentará recordando placeres del mundo séptico, en lugar de meditar su parte.
- Pero si son los animales más racionales...
- Tal vez no... Antes, se comunicaban con toda la naturaleza, sus orejas eran más grandes y su boca más pequeña, podían escuchar el canto del agua, los amoríos de las flores, saber de la edad de árboles y piedras, las aventuras de los vientos, los susurros del fuego, los consejos de la tierra y otros organismos celestes, sin embargo, en tanto se llenaba de conocimiento, solo conservaba de silvestre, la fiebre de oro de las hormigas de Heródoto. Solo se escuchaba a sí mismo, la boca se expandía y las orejas se encogían, dejó de hablar esas lenguas, luego llegó el ruido y babilonia, donde todos se creen expertos en todos los logos. Y claro, con tanto parloteo banal, no escucha lo esencial.
- Vaya estupidez... es la peor catástrofe.
- ¿La estupidez? Vacuna no hay y los tontos son asintomáticos, en eso se parece a las neopandemias. Pero hay excepciones... tiempo atrás visitaba a un viejo cascarrabias, pero bonachón y un día me quedé junto a él hasta su final, me convenció su canto, garría perfectamente sin saberlo.

- ¿Y volverías a eso?
- ¡Jamás!, cada vez hay más tontos y la estupidez sí que se contagia. Temo parecernos a ellos, nos mataríamos para hacernos almohadas de plumas...
- ¿Qué haremos entonces?
- Cantar mientras nos hacemos más fuertes, bailar y leer la vida, porque el arte es lo único que nos salva, acercarnos a otros lenguajes, cuando las palabras colonizaron inútilmente todo territorio... hablar bajito para no ahuyentar a las mariposas.

Por un segundo pensó en atraparlos... recomenzó y se dijo: "Cualquier día encontraré edificios tomados por tupidas vegetaciones y, recorriéndolas como hormigas, científicos, profesores y artistas". Lo sorprenderán genuinamente las aves, no volverá a sus conversaciones y, enseguida, completará: "Qué linda está la mañana". Mientras tanto, expande el sembradío de su jardín, silbando una y otra vez, nuevos cantos y acentos.

UNA SENTENCIA NO QUITA LA DIGNIDAD

Joseph Livingston Crawford-Visbal

Intenté mantener una postura erguida tras acomodarme en la silla plástica de un color casi amarillento y desgastado. Las paredes de cemento sin repellar son tan lastimeras como mis prospectos. El capitán sentado al otro lado de la mesa lee mi expediente, cuyas hojas blancas son más pulcras que mi asiento. Y mi apariencia. Trato de alzar mi cabeza y permanecer solemne, no vaya a ser que dé una mala impresión. Es que mi viejo me enseñó que lo que hace un hombre no es su ropa, sino su actitud. Así estuviera uno con pantalones rotos, camisa rasgada y lleno de moretones.

"Ya mijo, lo que fue, fue", decía mi abuela, que en paz descanse. No creo poder salirme con la mía, pero hasta persona humilde como yo quiere mantener algo de dignidad. Finalmente, el oficial… ¿Se llama Ramírez? Mi ojo hinchado no me deja leer bien la etiqueta en su uni-

forme. En fin, el capitán deja las hojas a un lado de la mesa y me observa en silencio. Trato de mantener su mirada, así sea difícil. No todos los días lo ven a uno como un bicho raro. Claro, para él, con su tapabocas negro y guantes reglamentarios, yo debo parecer un loco.

"¿Señor, entiende cuál es su sentencia?" Dice, casi gritando. Se lo agradezco, su voz suena apagada a través de la tela antifluidos, y a mis casi 60 años me cuesta un poco entenderle. Asiento ligeramente. Él se rasca la cabeza, voltea hacia la puerta que está a sus espaldas, y llama a Jiménez. Esta vez sí alcanzo a escuchar bien el apellido del cadete. Llévate a este loco a la celda que esté disponible. Jiménez hace una mueca de horror (o al menos eso parecen decir sus ojos, no puedo ver su boca) y le reprocha: "Pero mi capitán, ya no tenemos espacio…"

Antes de explicarle que eso iría en contra del protocolo, se detiene tras ver la cara de su superior. "Si las miradas mataran…" pensé, pero rápidamente tuve que levantarme y seguir al pobre muchacho. Mientras salía del cuarto y caminaba detrás de él a una distancia segura, alcancé a escuchar el murmullo del oficial: "Yo no sé qué le pasa a esta gente, comienzan a pelear muy machitos y luego andan dóciles como un perrito…"

Claro, él no entendería. Por qué las cifras de delitos se dispararon. Por qué las cárceles y comisarías están llenas de personas que cometieron delitos menores. Ellos no recuerdan como era la vida antes de las constantes cuarentenas, las restricciones sofocantes, del miedo a salir. Todos se aterran si te les acercas, si invades su supuesto espacio personal.

Pero hay un lugar que no ha cambiado. Lejos de los ojos del mundo, insignificante para los políticos, invisible para la población, indiferente para los medios. A nadie le importa lo que aquí ocurra. Tras abrir la reja, Jiménez se voltea y me hace un ademán despectivo. "Bueno pues, entre a ver…". "Hijueputa vida, ¿por qué a mí siempre me toca esta mierda…?" dice, horrorizado. Al menos eso puedo percibir, no veo su rostro completo.

Pero él si alcanza a ver mi sonrisa. Los reos me reciben con los brazos abiertos. "¡Viejo Lucho! ¡Venga acá, deme un abrazo!" No

puedo ocultar mi dicha. Valió la pena romper el protocolo. Incluso si me hubieran devuelto para la casa, no me hubiera importado. Los golpes que recibí en la calle habrían bastado para saciar mi necesidad de contacto humano.

AMORES VIRTUALES

Ilvar Josué Carantón

Se conocieron durante la cuarentena a través de las redes sociales. Ambos vivían en Medellín. No saben si por la soledad o porque realmente se habían gustado, pero en ese primer chat terminaron teniendo sexo. A partir de ese día los tabúes se rompieron y sus cuerpos gozaron experiencias de autocomplacencia nunca exploradas. Onan estaba en su esplendor.

Los encuentros aumentaron en intensidad y el uso de objetos, frutas y demás cosas encontradas en las casas los convirtieron en unos luthiers para el placer. Las músicas que se desprendían de sus cuerpos los llevaron a lugares insospechados.

Al finalizar la época de encierro obligado nunca volvieron a verse porque ella había encontrado el amor de su vida en un molinillo de Oaxaca y él en los placeres de la papaya Formosa brasileña. En la distopía el amor es así, no sabes de qué o quién te enamoras.

EXPERIENCIAS Y PRÁCTICAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Luz Adriana Restrepo

Siempre habré de recordar la clase del viernes 13 de marzo, fue el último seminario de práctica presencial, esa mañana fría tuvo la calidez de los posters de papel pegados en el tablero, las presentaciones creativas elaboradas por las estudiantes: árboles de ideas, ideogramas, líneas de tiempo, las que nos permitieron acercarnos al concepto y al arte de la observación, lo que presagiaba un buen ejercicio de lo que sería el trabajo en campo que iniciaría la semana siguiente como la primera práctica.

Con gran entusiasmo, las maestras en formación tomaron atenta nota de la ubicación de la IPS, además todas las recomendaciones dadas acerca de su presentación personal, la identificación, el formato de observación, entre otros. Fue una mañana provechosa y activa,

hasta hubo tiempo para mirar por la ventana a una familia de titíes que se desplazaba por una de las ramas de un árbol que bordeaba la ventana del salón. Ese salón que repasé con mucha atención al salir: las sillas, el tablero, el televisor, y algún cuaderno olvidado.

Un deber que cambió intempestivamente de lugar, a un salón sin tablero, sin papelógrafos, sin marcadores de colores, sin sillas, pero sobre todo sin la mirada cómplice de las estudiantes, sin sus sonrisas espontáneas, sin ese calor especial de las conversaciones, habitadas por la palabra, por los cuerpos. Esa conversación que como decía el cronista Luis Tejada, resulta indispensable a la reflexión y ayuda a agilizar la mente y la desenmohece.

Han transcurrido ya cuatro largos meses de contingencia, la nostalgia por volver a las aulas se hace más y más grande, en un tiempo en el que poco a poco, como decían los abuelos las cargas se han ido acomodando, ya sin el acostumbrado viaje hacia la universidad, donde se repasan los pormenores de cada encuentro, ahora solo se cerciora que la señal de internet funcione, que los archivos estén seleccionados correctamente, ahora, ya no se asoman por la puerta las últimas estudiantes que llegan apuradas, tan solo van apareciendo las iniciales de sus nombres que avisan que ya se encuentran conectadas.

Y así, durante más de 12 semanas, sorteando las dificultades de conectividad, de los desánimos pasajeros, de la incertidumbre, de la nostalgia por la presencia, esta conversación interrumpida por curso de la pandemia, siguió adelante, a través de la pantalla, con invitados e invitadas, con entrevistas, con observaciones virtuales y análisis documentales, así, como se tejen las buenas historias, se fueron alcanzando, uno a uno, los objetivos de formación y de reflexión de una práctica que connota la observación en campos abiertos y con la presencia física de actores.

Han sido muchos los aprendizajes, entre ellos a recolectar información en entornos virtuales porque las formas convencionales en tiempos de confinamiento ya no podían ser. Por ello, era urgente empezar a seguir los enlaces en la Web, tener discusiones a través

de la pantalla, visitar las bibliotecas digitales, acostumbrarnos más a la lectura de textos digitalizados, elaborar entrevistas por Internet y repasar los temas con las videograbaciones.

Aprendimos que una práctica no es solo el acto de caminar, de desplazarnos a lugares, sino también de observar, de escuchar, de interactuar, de leer, de analizar textos y también experiencias, aprendimos a entretejer nuevas ideas y a desechar otras, a transformar las expectativas a partir de los testimonios, a recorrer con el mismo rigor académico, conceptos, contrastándolos con teorías, a preguntarse por los ideales de la educación especial y por su identidad y su rol como futuros maestros. Una práctica temprana, esencial para la formación de todo aquel que pretende ser maestro.

Siempre se ha dicho que de las experiencias difíciles se aprende y se sale fortalecido. En este tiempo paradójico donde la educación se ha puesto a prueba, no solo por el cambio circunstancial del modo de encuentro o de las herramientas como dirían otros, sino por la pregunta de cómo acompañar a crecer en el conocimiento, en este caso acompañar a prepararse para ser un educador especial, a través de la reflexión, del fortalecimiento investigativo en el arte de observar, de indagar, de analizar, yo espero también haber aprendido sobre el valor de la disciplina, del trabajo, del entusiasmo, de la misión de enseñar.

LA PRÓXIMA PANDEMIA SERÁ LA DEL OLVIDO

Gladys Lucia Acosta V

La próxima pandemia en Colombia va a ser la del olvido. Probablemente de una manera más severa, que aquella que contara García Márquez en el universo ficcional de Macondo. Mi certeza reposa en las mil y una pruebas que circulan, sin pudor por todos lados: la prensa, las redes, las conversaciones entre amigos e incluso los encuentros íntimos, por cuyos intersticios se escucha destilar el odio.

A todos los colombianos parece que se nos olvidó que algunos años atrás, el sonido de la guerra, despertado por el sofisma de la seguridad democrática, avivó las múltiples violencias que se paseaban por el monte y por las empinadas calles de los barrios. Un río de compatriotas recorría las calles de las ciudades con sus casas al hombro, otros buscaban en los extramuros un pequeño espacio en el que pudieran montar una casa con maderos viejos, latas y hasta cartones.

Son testigo de este peregrinar, al que están condenados los pobres, las poblaciones fronterizas y algunas regiones de Venezuela. Muchos hombres y mujeres jóvenes, y otras no tanto, emprendían su viaje (acudiendo a lo que fuera, vender sus pocas pertenencias o lograr un préstamo con un familiar) en busca de mejores condiciones, de un empleo que permitiera sobrevivir y de paso ahorrar unos pesos para cuando quisieran volver al país.

Mis tías, que eran mujeres maduras, estuvieron en esa lista de migrantes. En Venezuela vivieron una década, una de ellas, que estaba casada, fue *cachifa* en la finca de una familia europea donde su esposo hacía de capataz. La familia era amante de las mascotas y llegaron a tener diez perros y cinco gatos; parte de las rutinas de mi tía era ocuparse de los animalitos. La otra también consiguió empleo de cachifa y terminó robándose al marido de la patrona, hasta que el corazón del anciano no aguantó tanto voltaje y se le murió en pleno acto, como ella contaba entre risas y sollozos. Ahora mis tías, que se declaran uribistas a morir, despotrican de los venezolanos. "Son unos malandrines", dicen con sus cachetes inflados de ínfulas. "Qué se vayan esos malagradecidos, lo que no sirve estorba". Replican una y otra vez como si ellas se hubieran ocupado de ellos.

Todo esto sucede mientras leo un artículo en la prensa que cuenta las largas caravanas de venezolanos: hombres mujeres, ancianos y niños que en plena pandemia han decidido volver a su país porque ya no hay trabajo, ni ayudas; los han sacado de los ranchos multifamiliares porque no tienen cómo pagar el arriendo. Los politiqueros que les prometieron el cielo y la tierra, en tiempos de campaña, ya no aparecen por ningún lado.

Miro las fotos que ilustran el artículo y trato de buscar, entre esos rostros agobiados por el hambre y la fatiga, a la peluquera que andaba feliz porque su hija, recién llegada con su nieto pequeñito, se había colocado en una casa de familia. Pero no hay rastro de ella.

HISTORIA DEBIDA

Adrián Arcila

Cuenta la historia -de vida- que en una pequeña y hermosa aldea vivía una joven flautista. Sus melodiosas notas engalanaban fiestas y eventos, y llegó a ser reconocida en toda la comarca. Un día, por una extraña razón, la joven contrajo una irremediable gripe. Su madre, angustiada, recurrió al sauco y al eucalipto, pero su hija no mejoraba. Agotados los remedios caseros, la flautista y su familia visitaron al médico, quien tampoco pudo dar con el mal, y mucho menos con el tratamiento.

Cuenta la historia -clínica- que las consultas con especialistas y los remedios caseros nunca surtieron efecto, que un día la flauta dejó de sonar en el pueblo. Cuenta la historia -debida- que las notas de aquel instrumento ahora amenizan el eco del Big Bang que viaja a lo largo y ancho del universo.

METÁFORAS DE VIDAS AISLADAS

Alicia Natali Chamorro Muñoz

La metáfora permite acercarnos a algo propio de la experiencia humana que no puede ser captado por el lenguaje apofántico, un lenguaje que requiere la transparencia determinada por una relación directa entre lo que se enuncia y lo enunciado; empero, la experiencia humana es increíblemente más simbólica e histórica, llena de figuras grises que se adecuan entre lo imposible de enunciar y que, entonces, exige de nuestro lenguaje algo más que el concepto. Las metáforas pertenecen a estos usos del lenguaje que tratan de asir aquellas vivencias sensitivas y emocionales; este artilugio retórico tiene la particularidad de poner ante los ojos algo que, de forma vívida, permite por medio de su trasladar de un lado a otro formar una figura del lenguaje (Blumenberg, 2003; 2007). En este texto quiero hablar de aquellas metáforas de nuestras vidas aisladas.

1. La voz que se corta

Dar clase en espacios difíciles como estos. Como profesora universitaria me he encontrado ante nuevas formas de vulnerabilidad de la relación entre estudiantes y profesores, ya una relación siempre frágil y, que ahora, se dificulta cada vez más al no tener una opción de interacción presencial con los otros. El problema hasta ahora comienza a ser si la calidad de la red de internet es lo suficientemente buena para que la voz se escuche. En constantes momentos se debe decir: ¿se me escucha?, ¿la voz está entrecortada?, ¿debo repetir lo que he dicho? Voces que vienen de cocinas o de habitaciones y que intervienen en medio de la lección, voces que se pierden por una falla de la conexión y que es difícil de retomar. No solamente la educación ha entrado a los niveles más íntimos de los estudiantes, sus casas y habitaciones, sino que en esta invasión se da el drama de las voces. El ruido de los otros con los que se convive y que entran al mismo tiempo. Nos hallamos ante estudiantes descorporalizados y universidades, como espacios, desocupadas.

Me he preguntado seriamente si esta nueva educación que hemos llamado de alguna forma una *presencialidad remota* nos puede llevar como profesores a superar unos prejuicios, pero también a crear otros. Si no pido que mis estudiantes pidan abrir la cámara daré clase a personas a las que no puedo reconocer por sus rostros, a diferencia de la clase presencial donde uno de profesor apenas llega el salón se enfrentaba a conveniencias tanto vetustas como medianamente certeras, los que se hacen al frente o atrás, el que no mira nunca adelante y al que siempre se encuentra con esos ojos abiertos y admirados. Ahora me enfrento a una pantalla con cuadritos y a letras y correos que tratan de explicar situaciones difíciles, fallas económicas, dramas existenciales y de salud mental ante los cuales van mis respuestas escritas, ante lo cual pienso: "qué bueno que no se nota en el correo el nudo en la garganta y la voz entrecortada".

2. Una pérdida de aquello que se supone que somos nosotros mismos. Antropología del fantasma

La vida se acaba como la conocemos y estamos sometidos a una nueva normalidad. Es tal vez una de las oraciones que más nos resuenen de este tiempo y, de todas maneras, parece que en cierta forma nuestro sentido de finitud y deseo de protagonismo histórico se enfrenta irremediablemente a ser una parte más de una larga historia del mundo, un mundo que continuará pese a que nosotros fallezcamos o no.

Pero, nos resistimos a ser existencias fantasmales, nuestra condición de vulnerabilidad apela al cuidado y reconocimiento por los otros (Butler, 2010). Ahora bien, lo fantasmático de la vida tecnológica que nos ha tocado vivir se podría describir a partir de los siguientes rasgos: primero, la descorporalización, la determinación de la comunicación con el mundo exterior a partir de las pantallas ha implicado un olvido del cuerpo tanto propio como del otro, que ahora se comienza a sentir en la falta de tacto, que es uno de nuestros sentidos básicos. Segundo, indeterminación de la temporalidad y espacialidad, uno de los problemas que puedo ver es que parece que no sabemos a dónde vamos, la incertidumbre se ha convertido en nuestra forma actual, un día se salía y otro ya no se podía y después al revés. Tercero, fantasmas de la pobreza, los que siempre se sacrifican y son invisibilizados y ahora con mayor dolor. Los pobres e invisibilizados siguen siendo esas existencias fantasmales que aparecen para asustar y desordenar pero que no son tenidos en cuenta.

3. Llorando las vidas que importan

Mis gatos y la cuarentena. Apenas comenzó la cuarentena llegó un gato pardo, el pequeño tan tímido con los humanos y extrañando la vida de campo tuvo dificultades para adaptarse a la vida de apartamento; por el lado de mi vida, el trabajo continuó y la exageración de lecturas tampoco permitía darle un recibimiento más propio que no

fuera más que darle sus comidas adecuadas y cuidar de su cuerpo de la mejor forma posible. Al pasar de los días se me comenzó a hacer extraño que pasáramos todo el tiempo juntos, el gato era el único contacto vivo alrededor, el único tacto permitido, sus juegos y cercanías era lo que se tenía cerca. Tanto así que pasamos a convertirnos en una forma medio simbiótica de humano-solo-gatito-extraño; así, comenzamos a establecer las relaciones más directas y cercanas, tomar el sol y comer en el plato, dictar clases y calificar, ver tv y dormir. Cuando la cuarentena restringida terminó fue raro salir de vez en cuando a comprar cosas, era raro dejar al gato. A veces pienso que a él tampoco le gustaba quedar solo, pero es mera humanización… un día murió el gatito, triste accidente, como accidente que si se pudiera devolver uno apenas unos segundos no hubiera sucedido, como que no importa las precauciones, la vida es fragilidad y se derrama acabándose en cualquier momento. Recuerdo esos momentos en ir a la veterinaria y sentía tristeza y a la vez culpabilidad de mi tristeza, tantas muertes humanas y familiares despidiéndose de sus seres queridos y yo en este camino agónico del taxi con el animalito muriendo en las manos. Aún recuerdo la bolsa verde en que lo empacaron y pagar. Por supuesto, no resistí la soledad de ese lugar donde vivía sin esa presencia gatuna, tuve que (aprovechando las condiciones del teletrabajo) volver a la casa materna por un tiempo. Pandemia y gato, es extraño esta clase de luto, un luto tan ínfimo con respecto a los sufrimientos que otros están pasando. Mi gatito vino en pandemia y se fue en pandemia, mientras estuvo pasamos todo el tiempo juntos. Cuando se fue me dejó en una profunda soledad y ahora cuando lo recuerdo imagino cómo nos salvan los animales en esos momentos en que estamos tan solos.

4. El miedo que corta la respiración

La enfermedad de todos y el problema de respirar. La pandemia se presenta como miedo, no como ansiedad ni como terror. La diferen-

cia que tiene el miedo frente a las otras emociones es que es sobre algo que nos puede afectar en el terreno de las posibilidades, también debe ser algo que puede pasarnos o pasarle a alguno de nuestros cercanos, si en esto hacemos caso a Aristóteles el miedo siempre se conecta con la empatía de sabernos dentro de una comunidad con seres cercanos y que en medio de la vulnerabilidad pueden perder aquello que hace de sus vidas florecientes (Aristóteles, *Retórica*, 1382b). Fundamentalmente, en el caso del miedo que genera la enfermedad nos referimos a las inquietudes que tenemos frente al futuro de nuestro cuerpo. Ante la espera de un resultado médico o de un pronóstico se siente el miedo de que lo hasta ahora normal pueda transformarse (Mukherjee, 2010). En este caso es importante entender esta característica que tiene la enfermedad de darnos miedo ante cualquier síntoma que pueda anunciar su presencia. Un miedo que tiene muchas veces una respuesta fisiología determinada por quitar el aliento. La pandemia se ha presentado como un miedo que nos afecta en lo que yo considero son diferentes dimensiones: la certeza de nuestro mundo, que parecía tan protegido y fuerte; la certeza del control inmunitario de nuestras sociedades se ve claramente desvencijado y con ello el sentido que le damos a varias de nuestras visiones sociales. Parece ser que el traslado de la enfermedad de la pandemia es que es una enfermedad de todos. Afecta por supuesto de manera cruel y dramática al paciente, pero todos como sociedad nos hemos dado cuenta de lo enfermos que estamos.

Por otro lado, los humanos somos una especie perseguidora de sentido, nuestra vida no se completa si no está relacionada con la pregunta por la razón de las cosas; ahora bien, el sentido siempre remite a un horizonte de comprensión que se nos escapa. En este caso, el sentido es siempre un sentido de lo que nos sobra o nos falta. Parte de nuestra condición como animales con conductas racionales está basado en el siempre interpelar a una pregunta por el por qué sin ser capaces de encontrar una respuesta absolutamente satisfactoria. En efecto, parece que la posibilidad de esa apertura del sentido es lo

que permite la multiplicidad de vidas que vivimos. Existen ciertos momentos en la historia donde la pregunta por el sentido apela con más fuerza. Lo sucedido a lo largo del año 2020 parece comprenderse como uno de esos momentos. Ahora, el gran inconveniente es la diferencia entre la historia que se narra y el presente que se vive, es difícil comprender cuando un momento se convierte en *el momento*, poco nos damos cuenta de eso y pocos saben cómo responder a ese reto de interpretación: "en el presente puro, única dimensión en la que vivimos, no hay historia. En ningún momento existe el período fascista o la revolución de octubre, porque en esa fracción de segundo sólo está la boca tragando saliva, el movimiento de una mano, una mirada a la ventana" (Magris, 1989: 54). En el momento decisivo como presente solo están las metáforas que vivimos, ya vendrán después los científicos sociales que explicarán eso que por ahora sólo tenemos como imágenes.

Bibliografía

Aristóteles (2003). *Retórica*. Madrid: Centro de estudios políticos y constitucionales.

Blumenberg, H. (2003). *Paradigmas para una metaforología*. Barcelona: Paidós.

_____(2007). *Theorie der Unbegrifflichkeit*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

Butler, J. (2010). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas.* Barcelona: Paidós Básicas.

Mukherjee, S. (2010). *El emperador de todos los males. Una biografía del cáncer.*

LUZ Y TINIEBLAS EN CUARENTENA

Claudia María Maya Franco

Era de negro como él siempre vestía. Así decía el tango que tantas veces había entonado con su madre y se encontraría con un hombre cuyo carácter oscuro siempre había avizorado, percibido, sospechado. No como se sospechan o se temen las cosas muy tenebrosas, más bien con la indiferencia con las que se las ignora por largo tiempo; con la pereza con la que se soslaya una mancha en el suelo, una grieta en la pared o una humedad en el techo. Pero le abrió la puerta. De haber sabido que vendría una inaudita cuarentena quizás se habría resguardado. Pero cuando decidió darse la oportunidad, ocho meses atrás, el encuentro fue enmarcado por él en una suerte de trivialización que ella siempre resintió, pero aun así permitió. Muchos rituales de apariencia sustancial pero cuyo fondo ahora estaba vacío fueron construyendo la confusión recíproca. Así que se vio cara a cara con la grieta, con la tiniebla, con la incertidumbre, con el hombre espe-

jo que traducía el estado de su alma: el vacío, el deseo, la búsqueda de la belleza, la inconsecuencia en los actos. Un talento sin mucho propósito, un árbol que por azar creció en el risco de circunstancias poco favorables para su cosecha. Tenían asaz dos jardines: eran jardines particulares, como aquellos que Lowry procura que no pisen los niños. Territorios de a lo sumo un metro cuadrado. Él cuidaba el suyo con pasión y ella concebía el propio como inesperada y agridulce llegada. Tenían también libros y lecturas a las que se les concedía atención, pero tan solo la requerida para que el ingreso en la cueva fuese acompasado. Y había música, la requerida para desviar o ensordecer cualquier posibilidad de claridad. Y había ricos y magníficos manjares que les daban la sensación de ser sublimes, inmersos como estuvieron, en un ámbito compartido de pasión, libertad y complicidad sin límites. Y había vino, mucho vino, bebido en la comunión, así como en la soledad de las horas; para que el crimen fuera perfecto y a su espíritu escarlata y difuso pudiese endosársele a posteriori toda la debacle que secretamente se preparaba.

Hubo pocos soles. Por un infortunio que prefirió considerarse parte del comportamiento natural de las cosas, la noche constituyó casi exclusivamente el ambiente de estos encuentros, su hábitat. La grieta resentía el encuentro con la luz y perseveraba en la oscuridad reiterándola con retratos difusos de la noche. Ella, por su parte, perseveraba en lo más oscuro de su existencia y desde allí enviaba preguntas y demandas de claridad que, sumadas a la reticencia de su hombre de negro, fueron resquebrajando el frágil cristal que ilusoriamente los había unido.

Y se invocaron personajes: una mujer con voz melodiosa y retórica quiso hacer una síntesis final y una pueril promesa de futuro. Un hombre, por su parte describió con minuciosidad las características de la grieta. Y todo ello condujo a un deslave sin contrapartida en el que una carta de perdón no hizo más que deslizar abruptamente hacia el abismo.

La cuarentena siguió y las vidas particulares también el fantasma, no obstante, había sido visto de frente.

EL ÁNGEL

Mauricio Naranjo

Durante el confinamiento le crecieron plumas en sus brazos. Revoleteaba en su pequeño cuarto, como si del firmamento se tratara. Los pájaros, extrañados, desde las ventanas, lo observaban. Era un ángel enjaulado.

DE LA CRISIS CIVILIZATORIA EN TIEMPOS DEL COVID-19 Y OTROS DEMONIOS

Maira Mendoza Curvelo
Angélica Baquero Porras

El sujeto neoliberal es el centro de una sociedad donde prima la competencia, el camino hacia el éxito y la eficacia en cuanto al tiempo que se le invierte o no a una actividad cuyos frutos lo harán sobresalir. Este ciudadano construye cada día su subjetividad desde los pilares del consumo alejándose cada vez más de los vínculos con los otros, pues a pesar de estar constantemente rodeado de personas en su lugar de trabajo, en los espacios de ocio, e incluso en el hogar, su propia construcción de mundo está enmarcada en la individualización de su ser. Una construcción que no es necesariamente consciente, pues probablemente este sujeto está preso en un micro-cosmos donde convergen la realidad de su esclavitud mental, la ficción de la felici-

dad, el amor y los lazos esporádicos que forja. Atendiendo el papel protagónico que tiene el sujeto en esta época, en este texto nos interesa exponer de manera muy general las realidades que ha permitido entrever el COVID-19 privilegiando por un lado la crisis del individuo y por el otro, de acuerdo a los planteamientos de Escobar (2014), la crisis ontológica del modelo civilizatorio occidental.

El cuerpo vivo del sujeto neoliberal es uno de los huéspedes del nuevo virus SARS-CoV-2, este hospedador no necesariamente acogerá al virus en su torrente sanguíneo o en algún órgano que tenga conexión con el sistema respiratorio, también existe la posibilidad ficcional de que se establezca en la mente del sujeto que hoy se siente prisionero, silenciado, y confrontado con su propia existencia en un mundo que, contrario a la ilusión de los optimistas, está avivando los escenarios y las políticas de precarización, biopolítica y vigilancia (Foucault, 2014). Este individuo se encontraba -consciente o inconscientemente- resignado a habitar un universo seccionado en múltiples espacios desde donde repartía las diferentes actividades de la vida pública y la vida privada. De alguna manera esa división física entre el espacio del trabajo y el espacio del hogar, que para muchos hasta hace muy poco existía, producía en nosotros una idea (tal vez ilusoria) de estar trasladándonos de un estado laboral a un estado de descanso y privacidad. Con la llegada del nuevo coronavirus ha quedado demostrada la facilidad con la que un cuerpo laboral puede ser controlado a través de las herramientas tecnológicas que permiten que podamos convertirnos de un día para otro en una extensión de nuestras oficinas y nuestros computadores, y podamos tele-trabajar y tele-producir sin ningún problema desde el espacio que antes estaba generalmente destinado para lo íntimo. El control, como lo mencionaba Deleuze (2006), se ejerce de forma continua e ilimitada, y difumina las barreras materiales que antes solían estar perfectamente delineadas en la fábrica pues no importa en qué parte estés, si estás conectado puedes ser controlado. Rápidamente se ha dado una reconfiguración de lo que consideramos debería ser el hogar y las

funciones que en este lugar desempeñamos como sujetos. Ahora nos vemos volcados en unas dinámicas turbulentas en las que no existen los límites visibles, porque se han difuminado las fronteras entre lo público y lo privado. En la casa recreamos todo lo que antes era repartido en múltiples lugares.

De manera que el virus se nos presenta como un actor que cumple la función de delator y que además de reforzar la idea de una crisis en el modelo civilizatorio occidental, que incluye entre otras las crisis del medio ambiente, la economía y los significados (Escobar, 2016); también ha propiciado encuentros con nosotros mismos y ha revelado una crisis mucho más existencial, una crisis ontológica. Esta condición de malestar, incertidumbre y miedo nos ha puesto de cara con nuestros vacíos y nuestros conflictos debido a este encierro que también es interno. Esta crisis que además es de identidad, se materializa cuando ya no hay muchas formas de ocultar el desasosiego que produce existir, ser humano. Al derrumbarse lo cotidiano nos encontramos encarcelados en nosotros mismos tratando de hacerle frente al aturdimiento de habitar cuerpos frágiles. En ese sentido, aquello que antes encubríamos con el trabajo, las salidas o los amigos, hoy crudamente se revela y nos paraliza.

La crisis sanitaria y el confinamiento obligatorio ha provocado una ruptura con la normalidad a la que estábamos apegados, y es justamente a partir de ese espacio-tiempo extraordinario que se genera la posibilidad de reflexionar sobre todo lo que ha movilizado y develado el virus en interacción (Latour, 2008) con cada individuo, con las familias, con los estados-nación, con los sistemas de salud, o con los múltiples pensamientos que se encuentran inscritos en el paradigma de la razón impuesto por la modernidad como la única forma de estar, y producir el mundo occidental.

De ahí que sea común la construcción social del COVID-19 como un enemigo invisible que debe ser vencido por todos y todas pues más allá de ser un virus letal, en un porcentaje considerablemente bajo, ha expuesto las crisis en las que ya se encontraba el mundo y la

inestabilidad de un orden social global (Brives, 2020). En ese sentido, la pandemia no solo ha producido crisis en el micro-cosmos del sujeto neoliberal, también se ha revelado el caos que subyace en la estructura social, política y económica de las sociedades modernas; recrudeciendo la precariedad en diversos estratos socioeconómicos, la desigualdad en ciudades, en países y en continentes, la vulnerabilidad de sujetos particulares como las mujeres (ONU, 2020) que son sometidas tanto en el espacio privado como público por ser la primera línea utilizada por las políticas de cuidado, pero a su vez por estar maniatadas en casas sin salidas ni fugas, en hogares que históricamente han representado para ellas la convivencia con el maltratador; o los trabajadores de servicios esenciales como de la salud o la provisión de alimentos cuyas vidas se encuentran en riesgo por no contar con medidas seguras para su protección.

No estamos convencidas si estos tiempos de emergencia dejarán alguna enseñanza importante en la humanidad, lo cierto es que sí ha permitido posicionar algunas reflexiones significativas que conectan dos dimensiones que aparentemente están separadas, pero se configuran y reconfiguran mutuamente. Hasta este momento lo que se ha planteado son dos tipos de crisis desde dimensiones heterogéneas, la del individuo y la estructural, no obstante el desarrollo de las mismas es el resultado de las relaciones dualistas que priman en el pensamiento moderno occidental, donde la existencia se segmenta en diversos ámbitos (el social, el político, el económico, el espiritual, el cultural, etc.) generando una forma singular y dominante de producir un mundo a partir de una ontología basada en la separación (Escobar, 2014). En ese sentido es urgente echar mano de esta ruptura con aquello que entendíamos como la normalidad para entonces repensar, crear y reconstruir nuevas formas de relacionamiento con el otro, con el estado-nación y con la naturaleza como una entidad viva que hace parte -junto con muchas cosas, artefactos, humanos y tecnologías- de una misma dimensión (Latour, 2007) desde donde se producen realidades múltiples y heterogéneas.

Este podría ser un momento para reinventar nuevos colectivos desde el hogar, el trabajo y la red de cuidados de la que podríamos hacer parte junto con nuestros seres más queridos. También para despatriarcalizar las sociedades (Paredes, 2015), desechar el cerco que nos separa del otro y nos convierte en un individuo cuyo único fin en el mundo es la competencia salvaje para demostrar que somos mejores que los demás, y esa búsqueda incansable de la racionalización de la vida. Podría ser una etapa que genere una suerte de transición civilizatoria y que permita repensar las formas en las que resistimos al golpe constante del Estado neoliberal, democratizando las tecnologías y resignificando su utilidad en la construcción de ciudadanos críticos y diversos que estamos envueltos en múltiples redes y por lo tanto estamos teniendo agencia en pequeñas o grandes dinámicas que ocurren a nuestro alrededor. Generar nuevos parentescos y empezar a imaginar nuevos lugares de refugio (Haraway, 2016) en un tiempo de crisis donde el capitalismo de catástrofe (Klein, 2007) se fortalece, donde la necropolítica es la protagonista en los discursos de los jefes de estado y las políticas eugenésicas han aparecido con mucha fuerza. Si no aprovechamos este momento, entonces seguramente pasaremos a vivir no solo una de las peores crisis económicas en los territorios del tercer mundo, también se reforzarán las políticas de control sobre la población, y las brechas de desigualdad social incrementarán.

Estamos en este instante del juego donde nos arriesgamos por conseguirlo todo o nada. Este momento particular de la historia ha desplegado ante nuestros ojos una oportunidad valiosa para concebir la modernidad y el modelo civilizatorio occidental como una configuración cultural, epistémica y ontológica particular que, aunque haya sido posicionada en la cúspide al ser el paradigma dominante, no tiene que seguir siéndolo.

Bibliografía

Brives, C. (2020). *Politiques de l'amphibiose: la guerre contre les virus n'aura pas lieu. Lemedia*. Recuperado de: https://www.lemedia-tv.fr/articles/points-de-vue/politiques-de-lamphibiose-la-guerre-contre-les-virus-naura-pas-lieu-ACcrS8oIQsOuLQmmv-fx2aQ. Consultado el 18 de septiembre de 2020.

Deleuze, G. (1999). *Conversaciones*. Valencia: Editorial Pre-Textos.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones UNAULA.

_____(2016). "Sentipensar con la Tierra: las luchas territoriales y la dimensión ontológica de las epistemologías del sur". *Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(1), 11-32.

Foucault, M. (2014). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (Vol. 1). México: Siglo XXI.

Haraway, D. (2016). *Staying with the trouble: Making kin in the Chthulucene*. Duke University Press.

Klein, N. (2007). *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la Teoría del Actor*. Buenos Aires: Manantial.

Organización de las Naciones Unidas -ONU- (2020). Víctimas de la violencia doméstica atrapadas durante la pandemia. Recuperado de: https://www.un.org/es/coronavirus/articles/un-supporting-trapped-domestic-violence-victims-during-covid-19-pandemic. Consultado el 17 de septiembre de 2020.

Paredes, J. (2015). "Despatriarcalización: Una respuesta categórica del feminismo comunitario (descolonizando la vida)". *Revista de Estudios Bolivianos*, 21, 100-115.

NEXTCORP

Alberto Romo

Yaciendo boca arriba en su butaca mecánico-digital que raramente abandona, Álvaro contempla absorto el prístino cielo azul a través del tragaluz que cubre su vivienda-habitación. Recuerda que cuando era niño la densa contaminación teñía el horizonte de un tono gris cenizo y como, debido a su asma, muchas veces le costaba respirar. Pero no fue hasta muchos años después que el aire se tornó literalmente irrespirable, si bien por circunstancias muy diferentes. El causante fue el virus COVID-2554, tan letal como invisible. Bastaba la aspiración de una brizna de aire para que el patógeno provocara la muerte en cuestión de minutos. Secreta y masivamente emitido a la atmósfera por la compañía tecnológica NextCorp, el virus forzó a los sobrevivientes a confinarse aterrados en sus hogares unipersonales. Posteriormente sus vidas fueron paulatinamente sometidas por la megacorporación,

para la que sus súbditos se vieron forzados a teletrabajar, a cambio de una mísera retribución.

Puntos de luz centellean en el cristal de la claraboya, sacando a Álvaro de su embelesamiento, hasta conformar en grandes caracteres el mensaje: "ALERTA. INTRUSIÓN". La alarma arranca a sonar con estruendo. Álvaro acciona los controles de la butaca que gira y le orienta hacia la entrada de la casa, al tiempo que la puerta principal es bruscamente abierta. Una figura enteramente blanca, similar a la de un astronauta, irrumpe en la instancia y se abalanza sobre Álvaro, que contempla atónito como con un grueso guante inserta un pequeño objeto metálico en un puerto digital de su asiento. Súbitamente el sonido de la alarma cesa. Un bello rostro de mujer se revela cuando la intrusa se quita el casco que llevaba.

–"Hola", dice en tono firme pero afable. "Los mercenarios de NextCorp me pisan los talones. Enseguida nos largamos de aquí y te libero de esta cárcel. Pero antes…" Raudamente la mujer se despoja de su traje de protección. Álvaro reconoce, bordado en su ceñida camiseta de estilo militar, el emblema de los NeoCimarrones, un grupo de rebeldes que viven en comunas clandestinas.

–Debe haber algún tipo de malentendido –balbucea Álvaro–. Yo no…

–Sssss…silencio –murmura mientras le pone el dedo índice sobre los labios.

Enmudecido y paralizado, Álvaro observa como la mujer manipula los controles de su butaca para reclinarla, recostándose lentamente sobre él. Subyugado, percibe el calor desprendido por la rebelde, aspira su aroma embriagador, oye los latidos de su corazón acelerarse, sumiéndose en un estado de éxtasis cada vez más intenso, como bajo los efectos de una potente droga.

Luego, como si fuera despertando de un profundo y vívido sueño, siente como se van desvaneciendo el calor que tanto le reconfortaba, el narcótico aroma, los latidos hipnóticos... hasta desaparecer por completo. Acostado mira, abatido, el cielo tras el cristal del techo.

Un agudo pitido seguido por la aparición de rutilantes caracteres en la claraboya-pantalla le sobrecogen: *Nivel 1 de RealLifeSimulation (Rebel version) completado. Créditos necesarios para acceder a nivel 2: 518256. Horas de trabajo estimadas para obtenerlos: 6567. Para Next-Corp es un placer servirle.*

FANTÁSTICOS DISCURSOS "VIRALES" Y OTROS RELATOS MICROBIANOS

Natalia Giraldo

"Cuántas palabras, cuántas nomenclaturas para un mismo desconcierto. A veces me convenzo de que la estupidez se llama triángulo, de que ocho por ocho por ocho es la locura o un perro."
Julio Cortázar

"Lástima que no tuve voto en mi denominación, detalle aparentemente insulso, pero ¡cómo nos define! Mi nombre es COVID-19 y la verdad, esperaba una más esmerada composición, conforme a mi renombrada mordacidad. Con una evocación al Doctor Scnabel de la Peste Negra, me hubiera bastado.

Bioterrorista o asesino, no es algo que me defina, pero sí el desarraigo, pertenezco a las filas de exilados de la vida a las tierras de ningún lado y de todos lados. Cualquier no-lugar lo vuelvo hogar, y

así como puedo vivir en un rascacielos Dubaití, también en el asiento de ruta de una olvidada localidad.

Compartimos reflejo, un espíritu vanidoso y, también, herencia social: tú no puedes vivir sin los otros y yo no puedo replicarme sin ti. ¡Qué burlona paradoja! Jugamos a ser rey: ¿Dionisio, Damocles? Lo mismo da. Solo intento equilibrar los universos que menoscabaste, hombre de ciencia y razón, de cara al cambio… Evolución.

Hablemos del alcohol en gel, del "lavado de manos", tapabocas y otras palabras de moda: "reinvención" y productividad, reparar un objeto roto, clases virtuales de un baile exótico o limpieza excesiva, son elementos de una parcializada salvación.

En este trocado crucigrama deberás mover a otros sitios la razón, desentrañar palabras, desplazar contrasentidos, re-encajar las lógicas de la "normalidad", cortar coronas absurdas que te tienen acá: malos gobiernos y otras corruptelas, politización de la justicia, políticas ineficientes en todas las carteras, considerar insultante que un contagiado sea auxiliado por un médico cubano, consumismo desmedido, decirle "No" a la paz, permitir la caza de animales y la explotación del recurso natural. ¿En qué lugares habitan las rutinas y en qué otros, los desconciertos? Cuando el dinero desplaza al corazón y un voto es una lechona o un pollo, precisas de ojos nuevos en la búsqueda de magia y re-significación.

"Inusitados hallazgos, ministerios, rutinas, oficios, lenguajes, signos... empezarán a ser posibles desde la inmaterialidad del lenguaje; existirán, con solo nombrarlos. Y lo que llamarás "nueva normalidad", será el terreno donde se afiance las palabras, igualdad y dignidad. Solo así caerá la espada de Damocles y confirmaremos que nada de esto compete a los dioses." Con esta frase, Covid concluye su alocución, en la voz de un tal Anonymus -aquel justiciero omnipresente, cazador de verdades y subterfugios ideológicos y totalitarios, personaje del romanticismo postapocalíptico, habitante de la liquidez de estos tiempos-, tras haber intervenido una trasmisión, donde

un "incauto" presidente de cualquier país folclórico, nombraba a un santo, como máxima autoridad de Asuntos Espirituales y Sanitarios.

Enseguida, los espectadores experimentan la primera de muchas señales, y con mano desesperada, revisan la ubicación de su corazón, buscan una ventana, dispositivo, espejo, que dé reflejo, se miran, abren la boca, jadean y emiten un suspiro agradecido. Luego, salen a las calles, a sus balcones, se asoman por cualquier sitio por donde quepa una infinitesimal luz. Con distancia, tapabocas y miedos, empiezan a intercambiar palabras, extrañas inflexiones por descifrar. Entonces, con cada una, se extienden como una mano bondadosa, raíces, que mueven la tierra, condescendiente, buscando anclarse a ella; como consecuencia se empieza a descolocar la realidad, el entendimiento invade el tiempo; comprenden que estaba destinado a ocurrir ese vírico encuentro para reaprender a vivir y dialogar con los miedos.

Sobrevienen extraordinarios acontecimientos, las búsquedas más recurrentes y los contenidos, irónicamente, más "virales" son palabras en diccionarios, *1984* y *Un mundo feliz*, que se instauran como libro-símbolos, como antítesis indeseada para sobrevivir, palabra que, ciertamente, merece la pena renombrar, transformar y emplazar por "bienvivir".

EL RESERVISTA

Adrián Arcila

Entre las calles, todas vacías por un áspero virus, caminaba un abuelito con una pesada carga a cuestas. Cuando apenas andar y respirar podía, comenzó a abrirse camino entre las destellantes luces y blancas batas.

Detrás de una enorme puerta le esperaba un hombre de blanca y larga barba.

–Vengo a ayudar -dijo el abuelo, mientras entregaba la enmienda.

Lleno, más de temor que de respeto, respondió el galeno:

–Dios lo bendiga abuelo, este tanque de oxígeno le dará un nuevo aliento a su pequeño nieto.

DE PUERTAS CERRADAS Y VENTANAS ABIERTAS

María Teresa Suárez González

Se cerraron las puertas, pero se nos abrieron las ventanas. Siempre hay que dejar algo abierto para que lo exterior se filtre, nos visite y, desde adentro nos interpele, nos desacomode, o nos reafirme. Usualmente, la cortina se corre y la ventana se abre para que entre la luz ¿cuál luz?

La luz es lucidez, posibilidad de ver y mirar. Reconocer la fragilidad: la de los otros, cercanos y lejanos, de los afectos y sobre todo la propia, es reconocer también que la muerte tiene mucha fuerza en estos momentos y por ello no hay que enfrentarla, como diría Raúl Zibechi.

No enfrentar la muerte implicaría, entre otras muchas, construir la esperanza en un mundo en el cual las puertas se cerraron y las

ventanas se desplegaron. El miedo fue la emoción y el sentimiento que nos tomó por sorpresa, sobre todo en los primeros meses del confinamiento.

Lo paradójico de la esperanza, según Erich Fromm, es que no es pasiva; tampoco es actividad constante; es más bien posibilidad de movimiento, de relocalización, de cambio genuino, por ello la esperanza implica esperar. Movimiento en un aislamiento social diferenciador, ¡pareciera una paradoja!

Esperar, construir la esperanza en un mundo cuya característica ha sido la velocidad. El vértigo en el mundo, acompasado de un desafío al tiempo; es también, como lo llama Byung-Chul Han, la posibilidad de construir un tiempo aromatizado, reivindicando el derecho al descanso, desde la posibilidad hacer realizables formas distintas de estar en el mundo. En el reconocimiento otras sensibilidades posibles y de esa fragilidad que nos hace más humanos.

Oliver Sacks nos recuerda que la vida es constante movimiento, desde la intensidad con que se asumen las experiencias y vivencias, los presentes; por ello la esperanza es movimiento, es intensidad y es vida, aun en medio de un confinamiento.

Nunca antes había cobrado tanto significado el "cuidado de sí" en el mundo global. Cuidar de sí, puede ser el acto más esperanzador de cualquier persona, porque comporta la resistencia al individualismo y el pensar en otro(s). Como lo planteó Foucault, "ocuparse de sí", es el primer acto ético del ser, para así cuidar del otro. En medio de la pandemia de este 2020, el cuidado de sí ha sido un buen ejercicio de resistencia al sistema, en el cual el "sálvese usted mismo" es la consigna. Enfrentar la vida desde el cuidado, es asumir la espera en el distanciamiento, es el renacer de la empatía con los otros; es un primer ejercicio de autonomía, de tomar decisiones frente a la vida propia para comprender que, en definitiva, somos dependientes de otros y que nuestros actos tienen profundas repercusiones en los otros. Asumir la dependencia hacia otros, trasciende la lógica del sujeto fragmentado, individualista y nos sitúa en una reflexión ética

sobre la vida en el sentido de asumir la libertad más allá del consumo, como ideología. Situarnos en comprender que la libertad es la toma de decisiones en relación con lo que debemos cuidar en estos momentos. La resistencia está ahí en la posibilidad de pensar y de decidir en lo simple de la vida, dentro de un marco tan complejo como el que se presenta hoy, cuando el mundo está "ebrio de enfermedad", en el decir de Anatole Broyard.

EL VENERABLE TURISTA

Joseph Livingston Crawford-Visbal

Honorable amigo, no te preocupes, yo sirvo esta ronda. Es algo rutinario en mi cultura. Un poco cliché, lo sé, pero es una tradición personal: hablo con los locales el primer día que puedo ir a un bar en un nuevo destino. Me gusta pasear por las ciudades, probar las especialidades locales, conocer nuevas personas.

Mi trabajo requiere que haga revisión constante de nuestras filiales internacionales, y estoy acostumbrado a viajar, aunque no niego que es un proceso tortuoso. Justo acabo de salir de las dos semanas obligatorias de confinamiento preventivo en el hotel. ¿Que si me molesta? No. Me adapto fácilmente. Sé flexible cómo el bambú frente al viento: se dobla, pero no se parte. Es algo que decía mi abuelo. A pesar de ser algo nómada, sigo fiel a las tradiciones de mis venerables antepasados. Conserva ante todo la harmonía, la paciencia, la cortesía. Otro de los refranes de mi abuelo.

Pero no te equivoques. Fui criado bajo una tradición ancestral reconocida por su rigidez, pero no soy impasible ante la vida. También tengo sentimientos. ¿No se nota por mis rasgos? Honorable amigo, ¡eso es muy ofensivo! Pero soy generoso, lo perdonaré. Toma otro trago. ¡Sal´ u'! Al menos no eres como los norteamericanos, ellos ridiculizan mi acento. Preguntan cómo hacemos para distinguirnos entre nosotros. Se quejan de mi excesiva formalidad. Una vez salí con una estadounidense, pero la relación fracasó. Según ella, yo era "muy distante". ¿Que si ella tenía razón? Quizás. Debes entenderme, no es mi culpa, así fui criado.

Cualquiera sentiría algo de recelo, ellos no respetan el espacio personal. Recuerda que su país perdió más de la mitad de su población por no seguir normas básicas de bioseguridad. Me da escalofríos pensar en eso. ¿Estoy exagerando? No creo. Admite que da un poco de miedo. Es más, te cuento lo siguiente: mi mejor amigo es un experto en historia perdida de la humanidad. Él me ha contado que hace miles de años, un conquistador de apellido Khan mató tantos civiles en sus conquistas que causó el primer cambio climático hecho por el ser humano. 40 millones de personas. ¡Imagina eso! Esa cifra ni siquiera no es ni un tercio de las muertes que dieron paso a la famosa "recuperación verde".

Sí, tras el primer colapso del imperio yankee hace miles de años… ¿Cómo? ¿Qué es hipócrita de mi parte juzgarla por su lugar de procedencia? Honorable amigo, como dicen los europeos de la zona especial francesa: *touché*. Dame algo de crédito, es natural vivir de manera precavida. El amigo que mencioné siempre me decía que las culturas rígidas como las nuestras surgen ante grandes adversidades históricas; transforman su lenguaje, costumbres y estructura social. Es como un mecanismo de supervivencia… ¡Oh! ¡Hablando de los ogros, él me está llamando! ¿Su nombre? No sé si puedas pronunciarlo correctamente… espera, primero le contestaré:

–¡Mi comp' ae' Il' Ñe' Ñe! ¡Noj' Oda! ¿Cómo están las cosas por la vieja Barr Anqu' Uilla' de mi amada Colombia?

PRIMER DÍA

Ilvar Josué Carantón Sánchez

Despertó con el silencio característico de los días festivos y pensó en muchas cosas por hacer. Pero no era un día normal, vio en el calendario la fecha, sábado 21 de marzo. Se asomó a la ventana y desde las alturas pudo observar las calles vacías y un que otro carro que esporádicamente cruzaba. Comprendió que unos nuevos miedos se habían establecido y que pronto comenzarían a doblar las campanas.

CORONAVIRUS EN: LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE SOCIEDAD

Yuraima Acevedo

No puedo decir a ciencia cierta si desde sus inicios la humanidad se ha comportado igual o si su estado actual se desarrolló con la llegada de la modernidad o la postmodernidad, lo cierto es que desde hace años la sociedad occidental ha estado más preocupada por el futuro que por el presente mismo, ha ignorado su pasado y repetido su historia. Prioriza las posesiones materiales a la salud y la educación, alimenta el consumismo en vez del altruismo. Vivimos en un mundo en donde la gente dice NO a un proceso de paz, en donde un grupo de estudiantes que marchan defendiendo sus derechos son tachados de vándalos, en donde la policía es el verdugo del pueblo. Vivimos en un mundo en donde la vida tiene precio y color. Hablamos de héroes y bandidos en tiempos de pandemia. Juzgamos sin piedad a quienes

por necesidad roban un galón de gasolina y exponen sus vidas para llevar, literal, el pan a la mesa, ignoramos las vidas de las personas detrás de los encabezados de las noticias, los hacemos responsables de su pobreza mientras vanagloriamos y justificamos a aquellos ladrones de cuello blanco quienes en gran medida son responsables de dicha realidad.

¿Estamos leyendo los mensajes detrás de los hechos?, ¿por qué un virus impacta de manera diferente a ciertos sectores de la sociedad? ¿por qué los ancianos, los latinos, las mujeres y los afrodescendientes son los más afectados? ¿Existe una correlación entre la situación de dichos grupos en la sociedad y su vulnerabilidad frente al virus? ¿Estaremos frente a un efecto lupa?, ¿será el que el COVID-19 ese rayo de sol que hacía falta para encender una nueva revolución social? Son demasiadas preguntas y algunas por supuesto quedarán sin respuesta.

Muchos siguen politizando, perdiéndose en conversaciones bizantinas sobre cómo el uso de un tapabocas puede vulnerar sus derechos y al mismo tiempo permiten que sus gobernantes reduzcan el presupuesto de educación y salud para reforzar ejércitos o subvencionar bancos. Ejércitos que violan, secuestran, asesinan y cuya presencia hemos naturalizado. Bancos quienes se enriquecen con la necesidad del pueblo, para quien tener casa propia es una utopía apenas probable adquiriendo préstamos usureros que los llevan a ahogarse en cuotas que apenas pueden pagar.

En la cotidianidad algunos hablan del COVID-19 y su impacto como algo aislado, se habla de la muerte con cifras y ecuaciones, de capacidad mortuoria, los médicos son tratados como héroes de película no como profesionales vitales para nuestra sociedad que requieren mejores condiciones laborales.

¿Y en dónde están los representantes políticos? Esos que aparecen y desaparecen de las zonas vulnerables según el cronograma de sus campañas políticas. Líderes que aseguran soluciones sin planes reales, líderes que mienten sistemáticamente para lograr una curul, líderes

que desaparecen olvidando promesas y los rostros de esas personas que creyeron en sus palabras. Generaciones de políticos, que durante años se han llenado los bolsillos a costa de la esperanza de comunidades en situaciones de pobreza extrema, y quienes sin ningún tipo de principio moral o remordimiento se desvanecen independiente de los resultados, perpetuando círculos de promesas y pobreza que, aunque están a la vista de todos, han sido naturalizados e incorporados al paisaje nacional al punto de considerarlo normal.

"El término **normal** (del latín *normalis*) se aplica a todo aquello que se halla en su estado natural, a todo aquello que sirve como norma o regla, a todo aquello que se ajusta a normas fijadas de antemano" (Asociación de academia de la lengua española). En ese caso, ¿no debería considerarse normal que cualquier persona sin importar sus ingresos, género, credo, inclinación sexual o color, tenga acceso a salud sin limitaciones?, ¿no debería considerarse normal que cada ser humano tenga una educación básica ejemplar que le permita conocer su historia, sus derechos y a sus gobernantes? Mientras en algunos países el estado de bienestar es algo básico y normal, en gran parte de América del Sur lo que consideramos normal es la desigualdad, falta de servicios y derecho básicos. Educación de calidad y un sistema de salud pública son las bases de la sociedad moderna y en algunos países de Latinoamérica ni siquiera son un tema serio de conversación.

El COVID-19 y su impacto relacional pone en evidencia muchos problemas, deja al descubierto cómo las prioridades y agenda política de algunos países van en contra de las necesidades básicas de su población. Pongamos el ejemplo de Colombia, un país en transición, como lo llaman del otro lado del pacífico, con un gobierno de derecha que llegó al poder pintado de naranja, con un dudoso plan de trabajo y a quien se le apareció la virgen en forma de virus dándole un norte a su administración. El COVID-19 le dio sentido a los días en la casa de Nariño, un programa de televisión diario pagado con dineros del estado, un plan de prevención lleno de excepciones y al mismo tiempo dejó al descubierto la evidente falta de comunicación entre

el gobierno nacional y las administraciones regionales, así como el desconocimiento de las diferentes realidades del territorio nacional.

El presidente de Colombia, luego de ceder ante la presión de los alcaldes de las ciudades progresistas del país, finalmente tomó medidas frente a la inminente situación de emergencia, al parecer sin un claro plan de acción para minimizar el impacto y lleno de contracciones, como por ejemplo los días sin IVA. Propuesta que parece haber sido "diseñada" para favorecer a quienes cuentan con buen flujo de caja, porque seamos claros, el colombiano promedio hace mercado para el día o la semana y para ellos sería más útil medio o un año sin IVA en vez de tres días de descontrol. Revisemos el caso alemán en donde implementaron una estrategia similar. En Alemania decretaron un ajuste temporal del IVA reduciéndolo entre un 3% y 7% durante 6 meses, esto hace parte de un proyecto de reactivación económica que combina alivios fiscales con apoyos a las familias y a las empresas, en total, el plan de reactivación de la economía alemana incluye 57 puntos que deberán convertirse en proyectos de ley tras la pausa de verano ¿interesante, no?

Con lo anterior no pretendo comparar a Colombia y Alemania, eso sería absurdo y está fuera de discusión, sin embargo, valdría la pena incluir algo del pragmatismo alemán a nuestra situación actual. Tener una estrategia unificada y un plan de acción nacional adaptado a cada región. Necesitamos acciones concretas, en vez de figuras literarias como "aislamiento inteligente" que nos llenan de dudas, sugiriendo falta de estrategia y liderazgo. Un buen líder debe tomar las riendas y convertirse en el mejor apoyo de su equipo con el objetivo de reducir al máximo el impacto y la duración de la crisis, algo que se aleja de la situación colombiana. El coronavirus llegó a lugares de Latinoamérica en donde lidera la especulación, la contradicción entre discurso y los hechos. Un ambiente nada favorable para el pueblo, pero sí apto para la propagación de virus como COVID-19 o el de la corrupción.

¡#QuédateEnCasa!, ¡#YoMeQuedoEnCasa! Frases que repiten como mantra y algunas veces vienen acompañadas de un: ¡no sean irresponsables, quédense en su casa! Sin pensar por un minuto que para una gran parte de la población eso no es una opción. Imagine por un momento que usted no tiene un ingreso fijo mensual, que lo que lleva a su casa para alimentar a su familia son entre 30 y 50 mil pesos diarios, $8.0 dólares aprox., que gana vendiendo tinto en frente de un edificio de oficinas, ahora imagine que toda la zona entró en cuarentena y a usted le prohíben salir a la calle a vender su tinto. ¿Qué haría?, ¿con quién se queja?, ¿a quién le pide? Hemos perdido el sentido de otredad. Según Freud, "La otredad puede significar observar la existencia de los demás como algo positivo, que me complementa, que ayudan a construirme con mi propia identidad, que me sirve de ejemplo para imitarlo o rechazarlo, pero no para despreciarlo". Creemos que nuestra realidad es universal desconociendo las necesidades del otro. Dejamos a un lado las responsabilidades morales que tenemos como ciudadanos, como sociedad, como seres humanos, atribuyendo al gobierno la responsabilidad total de nuestra situación como pueblo, desconociendo la propia.

En muchos países del viejo continente el gobierno cumple un papel protector, existen subsidios y ayudas económicas, cuentan con medidas de contención para garantizar que cada ciudadano tenga una vida digna. Existe coherencia entre el sistema impositivo y la infraestructura de educación y salud pública, algo que ha ayudado a muchos a sobrellevar la situación actual. En términos generales un compromiso del estado para con la sociedad civil, algo que desconocemos en el sur.

El COVID-19 demostró que nuestro sistema de salud es frágil, que el sistema educativo es precario y que nuestro sentido de humanidad termina en el momento en el que nos sacan de nuestra zona de confort. Somos jueces incansables, repetimos lo que vemos en los medios polarizados, ignoramos constantemente los supuestos uni-

versales del habla y dejamos caer todo el peso de lo que queremos comunicar como personas, sobre el discurso.

¿Podría o debería el COVID-19 llevarnos a replantear nuestro concepto de sociedad? Según Platón, el ser humano tiene una naturaleza que le obliga a vivir en sociedad con los demás seres humanos para poder sobrevivir. Eso implica convivir, ser partícipes activos de la vida en comunidad. "Sin la convivencia no serían posibles el lenguaje, las relaciones afectivas, el contraste e intercambio de ideas y proyectos, etc." (Sáenz, 2017). Aunque sea responsabilidad de los gobiernos garantizar las infraestructuras de salud, educación y laboral de nosotros depende hacer valer nuestros derechos, cumplir con los deberes de ciudadano, recordar nuestra historia, aprender del presente y trabajar diariamente en busca del indispensable estado de bienestar.

En un mundo onírico esta pandemia sería la herramienta a través de la cual, mejoraríamos nuestra simbiosis con el planeta, asumiríamos como propios los problemas que han golpeado a una gran parte de la sociedad y articularíamos el cambio sin esperar que nadie lo hiciera por nosotros, llámese gobierno, vacuna, aliens, etc. El final perfecto para esta historia sería: "Y fue en el año 2020, la humanidad finalmente entendió que la miseria de unos es la desgracia de todos. COVID-19 fue el nombre del virus que les dio un objetivo común, humanos de todo el planeta unieron sus mentes y recursos económicos para ayudar a los más vulnerables, entendieron que solo existe un lugar al que podían llamar hogar y todo el dinero presupuestado para buscar vida fuera de la tierra fue utilizado para reforzar la salud y educación en cada rincón del mundo. Fue en el año 2020, la humanidad cambió sus dinámicas de consumo sistemático, aplicó la teoría del bien común entendiendo el decir de Séneca 'nuestra sociedad es una bóveda de piedras alzadas que se caerían si no se sujetasen entre sí'".

Bibliografía

Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

Habermas, J. (1987). Teoría de la acción comunicativa. Madrid: Taurus.

O'Hara, P. A. (1999). *Encyclopedia of political economy*. Routledge/ Taylor & Francis Group.

Platón (2003). *Diálogos. Obra completa en 9 volúmenes. Volumen IV: República.* Madrid: Gredos.

Sáez Martínez de Ubago, P. (2017). *Coyuntura actual y realidad social y política de Navarra*. Navarra información.

UAM (2008). "Estado del bienestar". Introducción al curso disponible en: https://web.archive.org/web/20091213062807/http:/portal.uam.es/portal/page/portal/UAM_ORGANIZATIVO/Departamentos/CienciaPoliticaRelacionesInternacionales/licenciaturas/programas_cp/Estado%20de%20Bienestar.pdf

EL ENCIERRO

Claudia María Maya Franco

"Los escondrijos son innumerables, la liberación única; pero, en cambio, hay tantas posibilidades de liberación como de escondrijos"
Franz Kafka

Podría hacerse la historia de mi vida a partir de medidas concretas. El de la niñez fue el tiempo de lo inconmensurable, el tiempo en el que las fronteras de mi mundo se confundían con el horizonte. Fue en la adolescencia cuando sentí por primera vez la presencia de algo opresor. Mi vida transcurría entre el colegio, la casa, y el trayecto que les separaba. Fue entonces cuando comencé a darme cuenta de que el espacio que me bastaba para vivir era bastante estrecho, ¿qué tan estrecho? Me pregunté. Pedí a mi padre que me enseñara los planos de la casa en que vivíamos. Mi cuarto medía ocho puntos cinco metros

cuadrados, a esta cifra debía sumar el área del baño, el corredor en línea recta, el comedor, la sala… Decidí dejar de lado estos cálculos porque me di cuenta de que no todos podían ser especificados en términos de área, por otra parte, compartía la casa con mis padres, lo cual modificaba permanentemente las cifras. Determiné sin embargo el radio de mi mundo: 25 kilómetros. Era insignificante respecto del radio de la tierra y ni siquiera me pertenecía por completo.

Cuando llegué a la adultez conseguí un apartamento en el centro de la ciudad. Al fin tendría un mundo pequeño, pero solo mío. Mucho preocupó a mis padres tal determinación de aislamiento. Las murallas de mi entorno eran tan cercanas que casi me ahogaban, y, sin embargo, solo un vistazo hacia afuera era suficiente para horrorizarme. Ya no era la casa de los doscientos diez metros, sin embargo, un sencillo cálculo fue suficiente para descubrir que allí gozaba de veinte metros más.

Aún era necesario bloquear todas las ventanas a través de las cuales el exterior pretendía robarme el espacio que tan arduamente había ganado. No habían tardado mis conocidos, cuyo secreto propósito conocía yo muy bien, en tratar de acercarse a mí, en pretender, valiéndose de toda suerte de artimañas, robarme ese aire que era solo mío. De modo que destruí el teléfono, sellé las ventanas y escribí una carta a mi arrendatario, *con quien mi relación se reducía al acto furtivo de lanzar bajo su puerta un sobre con el valor mensual del alquiler*, pidiéndole gentilmente que dijera a todo aquel que por mi preguntara que yo había abandonado su residencia y desconocía mi paradero.

Un día, no obstante, comencé a dudar de esa felicidad. Fue cuando escuché en la radio que un confinamiento indefinido había sido decretado en la ciudad. ¿De modo que mi privilegio, conseguido con tanto esfuerzo, se había convertido en una orden generalizada? Surgió un deseo tímido pero obstinado por salir de mi encierro y este con los días comenzó a crecer haciéndose cada vez más pertinaz.

No recuerdo muy bien cuánto tiempo soporté las cavilaciones que casi llegaron a hacerme pensar que había perdido la razón. Muchas

noches y días en los que, con el espíritu abatido y la voluntad prisionera, daba vueltas por mi encierro hasta desfallecer de cansancio en algún rincón de mi guarida.

Una mañana decidí enfrentar por fin a ese deseo de salir, de estar con otros seres humanos justo cuando esta posibilidad había sido proscrita. Planee entonces una cena en la que escucharía sus argumentos, pero ante todo trataría de persuadirlo de que mi deseo había sido siempre estar encerrado en un espacio que solo fuera mío. Estaba entusiasmado. Con trazos temblorosos elaboré una lista de las cosas que me harían falta y con el rostro cubierto y la mano enguantada puse un papel arrugado en manos del tendero. Volví a casa cerrando la puerta con alivio y comencé a preparar la cena. De seguro mi invitado llegaría en la noche, como solía hacerlo. Largas horas esperé sin embargo y no hizo presencia. Quizás demasiado pronto comencé a inquietarme. Recorrí las estrechas murallas de mi mundo e incluso me atreví a echar un vistazo por la ventana. Pero mi invitado no aparecía, la cena se echaba a perder ante la interminable espera y mis nervios comenzaban a perturbarse. Salí de nuevo al amparo de las sombras, corrí como poseído por la locura, asfixiándome, gritando. La lluvia golpeaba con fuerza mi rostro inundando mi alma como una maldición que iba perdiéndome en un laberinto indescifrable, en el que la necesidad de encontrar a ese deseo de huida, tantas veces aborrecido, era tan inmensa como la imposibilidad de recobrarlo. Finalmente, rodé muchos metros por un barranco profundo y fui aplastado por las tinieblas…

De espaldas en el camastro de mi celda, observando esa grieta en el techo que cada día es más profunda, he tratado de reproducir ese horrible tormento. Sé que no soy fiel al recuerdo, pero es que tampoco él me ha sido nunca fiel. Pródigo al recordar la infancia, mezquino al acercarse a mi edad actual que, ¿cuál es? Ya no llega a mi ningún eco del mundo, el sueño artificial borra los fantasmas y me sume en una vigilia caliginosa en la que quizás ya no quede siquiera espacio para la muerte.

ZAC, EL MUCHACHO DEL AMOR PLATÓNICO

Jairo Echeverri P.

Todas las tardes, de lunes a viernes, invariablemente entre 6.00 y 6.30, lloviera o hiciera fresco, hubiera o no Decreto de Cuarentena Obligatoria, ella veía deslizarse en monopatín al príncipe de sus sueños, un mozalbete de su misma edad que pasaba raudo frente a su balcón montado en una tabla silenciosa que le hacía recordar la serie fílmica *Volver al Futuro.*

Entonces ella pensaba si este chico rubio de cabello desordenado la vería al pasar, en qué trabajaría, de dónde vendría y para dónde iría, si con su desplazamiento era consciente de estarle ganando al viento unos segundos más de tiempo.

Los días de aislamiento se convertían en semanas y estas en meses, la jovencita de dieciséis años esperaba ansiosa en su mirador a

que llegara el momento del milagro, un escaso minuto en el que se vislumbraba, pasaba y se difuminaba a lo largo de tres cuadras aquella figura casi mágica.

Se sucedió el año, y poco antes de que se descubriera la vacuna, el mancebo no volvió a aparecer para ella: una enfermedad terminal le había ganado la partida.

EL CONFINAMIENTO Y LA EDUCACIÓN EN COLOMBIA

Iván Orjuela Celis

En la antigua Grecia, Heráclito de Éfeso afirmaba que lo único permanente es el cambio, razón por la que los humanos están circunscritos a una continua incertidumbre. Esta es uno de los componentes predominantes en este confinamiento resultado del COVID-19. En Colombia nos alejamos de encontrar una fecha en donde la "normalidad" retorne, si es que hubo tal cosa antes. La economía mundial se ha visto afectada considerablemente, en el país del sagrado corazón se leen a diario cientos de historias de personas que deben salir a rebuscar lo mínimo, lo básico, lo que el gobierno debería asegurar, pero que no le llega a la mayoría. Muchos negocios se han quebrado y muchas dinámicas se han alterado.

Las brechas se evidencian notoriamente, mientras un puñado se queda en casa a esperar mejoría mientras trabajan en modalidad vir-

tual, la mayoría se enfrenta a una abrumadora incertidumbre respecto a cubrir las necesidades básicas de sus familias. Se está viviendo en un presente que parece detenido en el tiempo, que muestra las precariedades y carencias de miles o tal vez millones de colombianos.

Se vive la incertidumbre frente a la ausencia del sustento básico, frente a la colosal corrupción sistemática que impide que el Estado colombiano cumpla su deber con sus ciudadanos, frente a las muertes de cientos de inocentes y líderes sociales que nada tienen que ver con el COVID-19, frente a la necesidad de un cambio estructural. El coronavirus incorporó muchos elementos a la incertidumbre de los colombianos, aunque, existen muchos que llevan años prevaleciendo y atormentando a la población, entre ellos la des-financiación de la educación. Esta última se ha dado debido a políticas educativas nacionales han visto reducidas a aspectos económicos y financieros, esto ha contribuido al deterioro de las condiciones que hacen real el derecho a la educación, la asignación de recursos se ha dado de acuerdo a las reglas del mercado y no de las necesidades educativas (Estrada, 2002).

Analizando el surgimiento de las instituciones de educación, es válido afirmar que se establecieron por la necesidad de masificar ciertos conocimientos que requería la industria y la sociedad tras la revolución industrial, es decir, como una respuesta al mercado creciente. Es posible percibir muchos cambios que han respondido a las variaciones en las necesidades educativas generales, aunque muchas prácticas y concepciones se han mantenido estáticas.

Los escenarios virtuales en educación no son algo de esta época de pandemia, desde que Internet se masificó y se incorporó a la cotidianidad, han existido múltiples proyectos de educación virtual. Sin embargo, en el caso de la educación colombiana, especialmente la educación pública, este cambio de escenario que se ha dado por la coyuntura, representa muchos retos pedagógicos y logísticos. Se están visibilizando con más fuerza problemas sistémicos notorios, además de las grandes carencias de millones de familias. El derecho a la edu-

cación se ve limitado por los contextos y realidades de los estudiantes, del mismo modo que las problemáticas respecto a las políticas que se mencionaron previamente.

Ahora bien, aunque en el imaginario contemporáneo está la idea de que todos estamos conectados, la realidad muestra que miles de familias colombianas no tienen cómo hacerlo, ni siquiera en las grandes urbes nacionales se puede garantizar que los niños, niñas y adolescentes tengan acceso a Internet. Sumado a esto, en la ruralidad el panorama se complejiza por la geografía y los bajos recursos de la población en general.

¿Hasta dónde llega la educación en estas circunstancias? Una posible respuesta sería que llega hasta donde la voluntad de aprender y de enseñar o acompañar el aprendizaje. Empero, hay factores como los mencionados anteriormente que llegan a complicar esas buenas voluntades.

Adicionalmente, cuando hay acceso a Internet no se puede garantizar que habrá procesos pertinentes, en ocasiones considerables tampoco se dan en las aulas físicas.

Prensky (2001) estableció una diferencia respecto al acceso y uso de las TIC, marcó que los que crecen con las tecnologías tienen un uso más natural y constante de las mismas. Por otra parte, los inmigrantes digitales son quienes han tenido que moverse de lo análogo a lo digital, teniendo que olvidar y aprender diversas cosas en relación a cómo funciona el mundo. Por su parte, los nativos digitales viven la tecnología y pueden manejarla fácilmente, o al menos eso es lo que se supone.

En una perspectiva general sobre este tema, García et al. (2007) afirman que:

> Estos nuevos usuarios enfocan su trabajo, el aprendizaje y los juegos de nuevas formas: absorben rápidamente la información multimedia de imágenes y videos, igual o mejor que si fuera texto; consumen datos simultáneamen-

> te de múltiples fuentes; esperan respuestas instantáneas; permanecen comunicados permanentemente y crean también sus propios contenidos (p. 2)

Mas, este es el panorama general que se espera en países con las economías más desarrolladas, pero en muchas realidades de los estudiantes colombianos no es así.

Una definición que puede ser más cercana a la realidad del término *nativo digital* es la ofrecida por Palfrey et al. (2009), los nativos digitales son "los jóvenes que crecen en el mundo digital con el acceso a las tecnologías y las habilidades para utilizarlas en formas sofisticadas" (p. 79, citado por Gallardo, 2012).

En contraposición, es claro que "si bien la mayoría de los estudiantes regularmente usan tecnologías establecidas, tales como correo electrónico y buscadores, sólo un pequeño grupo de estudiantes utilizan las más avanzadas o recientes herramientas y tecnologías" (Kennedy et al., 2010: 333, citado por Gallardo, 2012). Del mismo modo, se podría rastrear que la mayoría de los niños y jóvenes que tienen acceso a la tecnología, la utilizan mayormente con fines de entretenimiento y socialización.

En suma, muchos estudiantes en Colombia carecen de las habilidades y/o del acceso a las TIC, por ende, difícilmente pueden dar un manejo óptimo a estas. Alrededor de esto hay un campo inmenso y, se podría conjeturar que, hay una necesidad para que se vinculen estas herramientas en estos momentos de "virtualidad obligada".

Muchos educadores han venido trabajando en incrementar sus habilidades respecto al uso de las TIC para aplicarlas y potenciar el aprendizaje de sus estudiantes. En el caso de los educadores del sector público colombiano, se encuentran tanto nativos como inmigrantes digitales. Se evidencia la diferencia dado que los nativos han tenido el acceso y han desarrollado habilidades desde los centros de formación, así como interés por acercarse a procesos educativos mediados por las TIC. Esto no quiere decir que no hay un buen número de

maestros inmigrantes digitales, que también han desarrollado múltiples habilidades en este hábito, pero no se evidencia como una generalidad. Por el contrario, parece que muchos maestros han tenido que enfrentarse al reto de aprender a utilizar los medios digitales y las herramientas virtuales para responder a las exigencias que trajo la pandemia.

Las aulas virtuales son un escenario muy distinto a las aulas regulares, aunque la virtualidad reproduce mucho de la realidad, hay componentes que en el caso de la educación son muy diferentes y otros que se replican (Correa, 2014). Por ejemplo, los estudiantes menguan más que en el aula física, esto porque solo algunos tienen equipos y conexión a Internet, otros deben trabajar de forma asincrónica por teléfonos celulares (a través de archivos compartidos por WhatsApp u otras aplicaciones) o con el material impreso que les comparten en las instituciones educativas. En la virtualidad las dinámicas son diferentes, en ocasiones se pierde el referente no verbal de la comunicación, pues las cámaras ponen lentas las reuniones virtuales y por esto se prefiere evitarlas. Sumado a esto, es más complejo determinar el nivel de atención de los participantes, es muy posible distraerse con las redes sociales que están fácilmente en otras pestañas del navegador tentando a prestar atención a otros temas. Esto puede responder al gran desafío que acota Correa (2014):

> Su utilización dentro de los esquemas educativos actuales, no permite el aprovechamiento real de todo su potencial, ni la solución de los problemas existentes. Muchas instituciones educativas han mostrado más interés en ser pioneros en el uso de la tecnología, que en investigar acerca de cómo emplearla de la mejor manera dentro del proceso educativo (p. 28).

Se podría concluir que desde cada actor se hace lo que se puede y lo que la voluntad permite. Sin embargo, cabe agregar que la cultura

nacional está permeada por una idea de buscar la facilidad. Parece que muchos estudiantes colombianos estudian motivados de forma extrínseca por la obligación, condicionados por las notas y pruebas, cuando deberían encontrar una motivación intrínseca que los mueva desde sus gustos e intereses.

¿Cuál es el fin de la educación? El debate alrededor del fin de la educación es extenso y lleva muchos años siendo vigente. No obstante, conjeturando un poco, parece que su fin es apuntar a la transformación social, a permitirle a las personas un desenvolvimiento positivo en su contexto y, a incentivar el crecimiento de la especie humana en las esferas cultural, ética, política, social, en la relación con el ambiente, entre otras.

Por último, la pandemia que vivimos está develando y reafirmando ideas frente al papel de la educación en el mundo, debe brindar las herramientas para enfrentar lo inesperado, debe formar para transformar la cultura de las naciones, debe hacer a las personas independientes y críticas, debe transitar por diversos ambientes físicos y virtuales.

La educación tendrá que continuar respondiendo a las necesidades que representan las coyunturas y a formar personas cada vez más hábiles y conscientes de que el papel que tienen los humanos en el mundo, es el de transformarlo para que sea un poco mejor.

Bibliografía

Correa, L. (2014). "La realidad de lo virtual y la virtualidad de lo real en la educación". *Revista Ánfora Universidad Autónoma de Manizales.*

Estrada, J. (2002). "Configuraciones de política educativa neoliberal. Estudio preliminar". En *Viejos y nuevos caminos hacia la privatización de la educación pública. Política educativa y neoliberalismo*. Colombia: Unibiblos, Universidad Nacional de Colombia.

García, F., Portillo J., Romo J., Benito M. (2007). "Nativos Digitales y modelos de aprendizaje". En IV Congreso pluridisciplinar sobre diseño, evaluación y desarrollo de contenidos educativos reutilizables. Universidad de País Vasco.

Palfrey, J., Gasser, U., Simun, M., y Barnes, R. F. (2009). "Youth, creativity and copyright in the digital age". *International Journal of Learning & Media*, 1(2), 79-97.

Prensky, M. (2001). "Digital natives, digital immigrants". *On the Horizon*, 9(5), 1-6. Disponible en: http://www.marcprensky.com/writing/Prensky%20-%20Digital%20Natives,%20Digital%20Immigrants%20-%20Part1.pdf

EL PATIO DE MI BODA

Ana Alfaro

Podía escuchar a mi madre tragarse sus palabras. Cuando decidí junto con Juan comprar esta casa vieja solamente por el enorme patio, ella se opuso tajantemente. Tal vez tenía que ver por su odio hacia Juan, o su deseo de controlar mis decisiones, pero al final había logrado salirme con la mía y quedarme con mi amado en el lugar que soñaba.

Tenía todo el sentido que este patio fuera el lugar perfecto para unir mi vida con Juan. Casi 5 años de noviazgo, con sus altas y bajas, me habían dado pistas que solo con él hasta una pandemia era soportable. En la calle habían quedado los malos recuerdos e individuos indeseados como su amigo borracho, su ex novia histérica, o su irrespetuoso hermano. Aunque los planes eran una gran boda, la realidad nos obligaba a replantear la celebración. Juan dudaba, él deseaba que todos fueran testigos de nuestra unión, como una prueba de que yo

era la elegida. A mí me daba lo mismo, sentía alivio de escaparme de las miradas de algunas personas, sobre todo de mi madre que no confiaba en Juan.

Usamos el servicio en línea de un notario y grabamos en directo la ceremonia para que nuestros conocidos participaran. Juan se encargó de todos los aspectos técnicos desde la conexión hasta los equipos, mientras yo solo empleé mi imaginación para transformar mi patio en un sitio de ensueño.

El día era ideal, Juan se veía encantador, aunque por alguna razón miraba su teléfono con preocupación, suponía que eran los nervios. El notario estaba en línea y nos explicó el procedimiento: haría una breve ceremonia y hasta nos permitiría decir nuestros votos ante todos los que se unieran a la ceremonia virtual. Juan empezó a transmitir; maximizó la conversación con el notario para esconder su fondo de pantalla, apagó su celular y se alejó del computador para posar. Todo lucía perfecto.

Escuchábamos pitidos electrónicos incesantes; llovieron las notificaciones y los mensajes de nuestra familia. Pensamos que estaban emocionados y querían felicitarnos, aunque no dudé en recordar que no solo mi madre se oponía a mi boda. Cuando el notario nos pidió confirmar la unión, los celulares empezaron a sonar, solo lo ignoramos. Juan lloraba de felicidad y yo solo pensaba en que no necesitaba nada más.

Terminada la ceremonia detuvimos la transmisión, fue el momento de mirar todos los comentarios, el rostro de Juan cambió, su llanto ya no era de felicidad. Mi hermoso patio se llenó del mismo horror que se sentía en el exterior.

Mi madre llamó, contesté por inercia mientras me indicaba los pasos a seguir. Por primera vez me deje controlar por ella. Juan esperaba que dijera algo, quería soledad, pero era imposible. El problema nunca había sido mi madre o este patio. Apenas tenía fuerza para mirarlo a los ojos y decirle: "Me juraste que la habías bloqueado".

EL VIEJO ORTIZ

Álvaro Acevedo-Merlano

El señor Ortiz siempre estuvo ahí, meciéndose en la ventana, con ínfulas que hoy no significan nada; desde hace mucho nadie lo toma en cuenta. Con el confinamiento obligatorio y el paso de los meses, fue más evidente la circularidad de su existir; nunca se alejó de su ventana, ni dejó de mecerse. Para él todo se convirtió en una repetición de escenas, donde los protagonistas fueron reemplazados por encapuchados desconocidos, usurpadores del teatro.

Para el viejo ya no importaban las fechas ni las motivaciones, solo se regocijaba en lo fundamental, lo esencial, lo vital; en los únicos principios reticulares; en aquellos temores ancestrales, emociones básicas, sensaciones naturales que atraviesan toda historia, todo individuo, todo mundo, y todo sentido.

Luego de esperar con ansia el retorno a la normalidad, al fin todo terminó, y su encierro obligatorio nunca más fue una prisión; ahora podía salir a cualquier parte, a cualquier hora, con quien quisiera; volvió a ser libre. Pero el abuelo siguió ahí, meciéndose sin parar, viviendo de nuevo en su normalidad, esa que tanto añoraba, y que al final regresó; ya pudo volver a ver a través de su misma ventana, a esa gente que lo ignoraba.

COMBATE CUERPO A CUERPO

Adrián Arcila

Cierta mañana, bastante nublada, el rey y sus hombres perdieron la batalla. Hubo decenas de bajas, entre ellas, su dulce y fiel amada. Médicos y hechiceros de todas las comarcas vinieron a verla con la intención de curarla, pero todo fue en vano. Al caer el sol murió la reina, nadie pudo salvarla.

La tristeza invadió al rey y nadie volvió a verlo. Para proteger a su pueblo de un nuevo enfrentamiento, el monarca ordenó que todos los habitantes del reino permanecieran en sus casas durante la primavera, el otoño y el invierno.

Cierta mañana, bastante soleada, el rey pudo abandonar su aposento. Había perdido varios kilos y lucía una frondosa barba. Reunió a sus hombres, trepó a su caballo y gritó a los cuatro vientos:

–El show debe continuar, nuestro enemigo avanza. Tomen sus escudos y espadas, esta vez ganaremos la batalla.

APOLOGÍA DE LA CONTINGENCIA

Un soliloquio en tiemposde pandemia

Álvaro Acevedo-Merlano

El encierro de lo cotidiano

El agotamiento por estar sentados frente al computador durante 12 horas es insoportable; el sobrepeso, el lumbago, y el dolor en el culo por la maldita silla que antes amábamos pero que ahora nos tortura, se combina con lo insoportable de nuestras espaldas. Los recorridos son tan monótonos que no sabemos ya si hicimos algo antes o después; siempre ocupados, siempre en vigilia, bajo un manto que oculta nuestra sobreexplotación a voluntad con la metáfora del home office; abandonados, sin el rescate de los desplazamientos; permanecemos en constante conexión, aquí, en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Hoy, en este confinamiento, reflexiones y preguntas llegan

como espirales, para atormentar aún más el estado de nuestras decisiones, haciendo que todo nos fatigue, que el alma nos pese.

En el pasado fue posible toparnos con quienes nos ayudaron a tomar posiciones frente a la vida cuando estuvimos perdidos. Sí, muchas veces sentimos estar perdidos, perdidos en el mundo, ahogándonos por tantos significados, por demasiadas palabras que ya ni saben lo que dicen, bajo conjugaciones que empiezan a desgastarse por su uso vacío, enajenándolo todo, sustrayendo la posibilidad de ubicarnos tranquilos en el mundo. Pero ahora, en esta cuarentena, esperaremos inútilmente la llegada de ese alguien que nunca encontraremos, por culpa del azar, del destino, o por simples contingencias. En todo caso, no sabremos hacia dónde dirigirnos, sin claridades más allá de las netamente orgánicas; así, de ese modo, es como estamos tratando de respirar.

Somos la suma de innumerables contingencias que por eones han ocurrido, qué más podemos esperar; sería absurdo presumir que nuestras decisiones, por muy importantes que nos parezcan, escaparían de la naturaleza azarosa del cosmos, y más cuando nuestras vidas son tan diminutas en comparación con la historia del basto universo, vidas que, desde esa perspectiva, no significan absolutamente nada, por tanto, no podemos esperar evadir esas contingencias. Pero no hay por qué afligirse, pues de eso estamos hechos, de un contingente polvo estelar que nos enseña humildad.

Hoy desde nuestros encierros oscilamos entre ficticias seguridades y convicciones infundadas; deseamos proteger nuestros anhelos, sin estar dispuestos a sacrificar nuestras falsas comodidades. El deseo de partir sin miedo, sin tener que arriesgarlo todo es hoy inevitable. ¿Estamos acaso condenados a vivir saturados de preocupaciones imposibles de controlar? Sí, sí lo estamos, y hoy esa preocupación, es un virus.

A donde sea que vayamos podríamos morir igual, aquí o en la China; eso ya no tiene importancia, el proceso de bio-degradación será el mismo. El confinamiento ha puesto sobre la mesa algunos presupuestos demasiado evidentes para su reflexión: el valor de la fami-

lia, el valor de pensar sobre el ahora, el aquí. Mucho tiempo ya hemos invertido en el futuro, planeando una vida, una realidad inexistente, olvidando las conexiones del presente para lograr ese futuro. Siempre descuidando lo que estamos viviendo, por estar en lugares intangibles; en donde ya ni el pasado importa, porque lo odiamos en silencio, mientras seguimos convencidos de que vamos a encontrar algo mejor; ahí estamos todos, encerrados en nuestras habitaciones y, peor aún, enjaulando a nuestro espíritu; estamos en un constante nunca, en ningún momento, en ningún lugar; a merced del caos, de la contingencia.

A pesar de la pandemia, el carro recolector de basuras siempre está operando en nuestros barrios, mientras permanecemos en ropa interior, relajados, o tal vez aturdidos por el teletrabajo que hacemos en chancletas, y sintiéndonos mal por el ruido de ese carro de basura, mientras quienes trabajan en ello recogen nuestra mierda, o por los gritos del pregonero que bajo el sol de mediodía nos ofrece yuca o aguacate hasta la comodidad de nuestras puertas. Y nosotros cuestionando elementos del ser, mientras ellos están ahí existiendo, con un trabajo igual de digno, pero no por eso menos tortuoso, y no se trata de romantizar, sí, romantizar, aunque algunos se indignen por el uso de esa palabra, no se trata de poner florecitas al trabajo que tienen, porque, sí, es digno, pero a la postre, qué puta vida puede ser recoger la mierda de otra persona. De pronto después de eso, nos sentimos un poco mal unos minutos por estar quejándonos de estupideces.

Panes de contingencia

Dentro de esa carencia de sentido, hay momentos donde los picos suben por exceso de tiempo libre, por invertir demasiado en lo intelectual y no en trabajo físico, por eso la necesaria combinación entre ambos (Lechuga y Bustamante, 2007). De seguro hay a quienes les gustaría ser panaderos, por si hay una muerte masiva y están buscan-

do cocineros o panaderos, servirían mucho más que como solo intelectuales, pues tal vez para ese momento, necesiten con más urgencia panes que etnografías o discursos filosóficos, quién sabe.

En algún momento se pensó que los afligidos por el confinamiento exageraban, desde ese privilegio de clase, pero con el pasar de las semanas el encierro empieza a hacer mella (Chacón-Fuertes, Fernández-Hermida y García-Vera, 2020; Apaza, Seminario y Santa-Cruz, 2020; Lozano-Vargas, 2020). Sin embargo, las dificultades, las reflexiones incómodas, y los pesares existenciales son útiles para crear (Díaz, 2013). Ya para muchos resulta imposible ocultar el cansancio, que no es físico, es más bien un hastío que se alimenta constantemente por la necesidad de saber hacia dónde vamos, nuestro objetivo o propósito; pero hoy esa presunta certeza sobre hacia dónde ir, termina siendo peligrosa, o hasta triste; esas falsas certezas son espejismos, que se suman a la lista infinita de invenciones autoconcebidas para poder intentar darle sentido a algo que, por definición, carece de alguno (Farinetti, 2006). Qué más da, al final toca hacerlo, nos toca hacerlo, porque si no entonces apaga y vámonos.

Ya son redundantes y hasta reiterativa las conclusiones sobre los hastíos, que hasta ellas mismas producen hastío, en algún momento las cosas van a tener que cambiar, como siempre ha ocurrido, el problema está en que ese cambio, no será solo externo, ni responderá a un lugar ubicable geográficamente, por el contrario, será mental.

Eso que no seremos

A través de las pantallas vemos tantas mentiras, pero tantas, que convierten cualquier posibilidad de realidad en un show que no existe, que solo espectacularizа lo ordinario del mundo (Sibilia, 2008; Sabater, 2014). Parece que se tratara solo de ocultar la constante miseria en la que vivimos atrapados dentro de nosotros mismos, a veces disfrazada, a veces ignorada temporalmente; una miseria que no se sien-

te o percibe. ¿Será entonces miseria? A veces sería mejor apagarnos, tener un interruptor del pensamiento, apagarnos y no pensar, porque se vuelve insoportable; decir: ¡ya deja de pensar! No tiene sentido seguir pensando, porque no nos llevará a ningún lado, o tal vez sí, o quizás no queremos llegar a ningún lado.

Sin importar cuál sea el lugar al que nos resignemos, debemos cargar con esa supuesta identidad que construimos, no desde la afinidad con el entorno, sino en una constitución marcada por la negación, lo que construye una singularidad en quienes somos, porque no hemos sido en la aceptación, hemos existido en la negación, rechazando aquello en lo que habitamos, que, de manera impositiva, asimilamos, y es esa resistencia hacia el mundo, lo que nos otorga singularidad (Pérez, 2006).

El peligro del pensamiento

Vivimos cometiendo errores en nuestras combinaciones ideológicas, y no se trata de la falsa conciencia marxista, sino de esa constitución de las ideas muy cercana a un andamiaje simbólico, relacionado a lo que entendemos por cultural (Vásquez, 2011). Todo el tiempo cometemos inconsistencias, tal vez lógicas, porque seguimos apoyando principios como el honor, el amor, la dignidad, el deber ser, lo correcto; que, por sí, en principio, están circunscritos a una lógica que nos construyó sin preguntarnos, y juzgamos decisiones que tal vez pudiesen liberarnos de alguna manera, porque dentro de esa misma lógica seríamos considerados cobardes, desleales, falsos o crueles.

Hay principios que creemos universales (De Zan, 2005), como el honor, la verdad, sea lo que fuere que signifique eso, por esa razón a veces hacemos que la vida sea más difícil, más pesada; porque le tememos a obrar de manera deshonrosa, de manera cruda e incluso egoísta, pero siempre terminamos haciéndolo, lo aceptemos o no.

El exceso de un eclecticismo acomodado para nuestras acciones y pensamientos nos ha llevado a lugares inevitablemente dolorosos, porque juzgamos una parte de esa esfera que nos encierra, pero aceptamos otra, de pronto un poco más profunda y difícil de percibir como una imposición ideológica foránea; eso es temible, porque podría ser el inicio de un desprendimiento axiológico condenable, llevándonos a una peligrosa misantropía o psicopatía, categorías también construidas desde la misma episteme hegemónica (Cayeros, 2015). Es mejor burlarse de esos radicalismos para no temerles, a pesar de que, en principio, tanto el temor a la muerte como el temor a las consecuencias, también se construyen desde principios ideológico-culturales impuestos, creando un sentido que se construye a expensas de nuestra negación, de que no aceptamos un sentido dado (Gonzáles y Viloria, 2007). Pero ¿por qué hacerlo? ¿Qué nos lleva a hacerlo? ¿Será aquello que nos detiene lo que es el sentido de lo humano? Si es de ese modo, ¡qué alivio!

Así, parece que ese sinsentido se apaga y se prende de manera ecléctica o conveniente, eso es aterrador, asusta, por eso estas reflexiones a veces toca dejarlas ahí, toca dejar las reflexiones hasta ahí sobre el abandono, sobre lo que eso significa, de lo contrario volveríamos al agujero del que deseamos escapar constantemente en este encierro.

Bibliografía

Apaza, C., Seminario, R., y Santa-Cruz, J. (2020). "Factores psicosociales durante el confinamiento por el Covid-19 – Perú". Revista Venezolana de Gerencia, 25(90), 402-413.

Cayeros, L. (2015). "¿Puede hablar la juventud? Reflexiones sobre la subalternidad de la condición juvenil y sus trayectorias". Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, 24(47-2), 116-128.

Chacón-Fuertes, F., Fernández-Hermida, J. y García-Vera, M. (2020). "La Psicología ante la Pandemia de la Covid-19 en España. La

Respuesta de la Organización Colegial". Clínica y Salud, 31(2), 119-123.

De Zan, J. (2005). "Universalismo y particularismo en la ética de Kant". Tópicos, 13, 63-89.

Díaz, J. (2013). "Proceso Creativo, Arte y Psicopatología". Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, 33(120), 749-760.

Farinetti, M. (2006). "Nietzsche en Weber: las fuentes del sentido y del sinsentido de la vida". Trabajo y Sociedad, VII (8), 1-15.

González, L. y Viloria, H. (2007). "El imperialismo cultural y los procesos de integración latinoamericanos". Quórum Académico, 4(2), 149-169.

Lechuga, J. y Bustamante, J. (2007). "'Marcas' o 'Monopolio del conocimiento': la naturaleza del trabajo en la nueva economía". *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía, 38*(150), 73-106.

Lozano-Vargas, A. (2020). "Impacto de la epidemia del Coronavirus (Covid-19) en la salud mental del personal de salud y en la población general de China". *Revista de Neuro-Psiquiatría*, *83*(1), 51-56.

Pérez, S. (2006). "Identidad, diferencia y contradicción en la Lógica de Hegel". Signos Filosóficos, VIII(16), 23-55.

Sabater, C. (2014). "La vida privada en la sociedad digital. la exposición pública de los jóvenes en internet". Aposta. Revista de Ciencias Sociales, (61), 1-32.

Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Vázquez, I. (2011). "Ideología y utopía: una perspectiva sociológica -de Marx a Richard Rorty-". *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM, XXI*(1), 231-245.

NO HAY VUELTA ATRÁS

Gladys Lucía Acosta V.

Muchas cuarentenas habían sido decretadas, tantas que ya nadie quería ocuparse de llevar la cuenta. Lo cierto es que una vez se dio licencia para salir, con una lista excesiva de precauciones, no todos lo hicieron de inmediato como podría esperarse, dada la ansiedad acumulada y el deseo, por tanto tiempo postergado, de sentirse liberados.

Algunos, incluso, antes de dar su primer paso al mundo exterior, se autoconfinaron por un tiempo equivalente a una cuarentena. Tal vez, porque guardaban sus dudas frente a un gobierno mentiroso, que había ocultado información sobre infectados, muertos y recuperados, a fin de liberar, antes de tiempo, todos los sectores de la economía. Esa ligereza costó muchas vidas y poco rentable resultó para los propósitos, pues, el empobrecimiento de la población no permitía dinamizar la economía, que cada vez estaba más raquítica.

Mal que bien, todos se sentían sobrevivientes de un naufragio. Con sus largas melenas deambulaban en círculos; hacían recorridos inútiles de un lado para otro, en busca de una "normalidad" que se negaba a retornar. El encierro y las aprendidas estrategias de distanciamiento social habían logrado más de lo pensado. El miedo al otro se reflejaba, además de en la marcada distancia física, que doblaba la sugerida por los expertos; en las miradas extraviadas que no querían rozarse con otros ojos; en el andar rápido y robotizado con el que querían escapar de cualquier cuerpo que intentara cercanía.

Tanto esperar el fin de la pandemia para el reencuentro con amigos, familiares, conocidos. Ahora todo era desconcierto. Las pérdidas humanas y la ausencia de los duelos, fueron marcando profundas heridas. Tantos dolores, tantos quejidos desatendidos habían apagado la llama de los afectos.

Hoy, después de tanto tiempo y de que ya parecen borrarse los días de confinamiento; dispersos, seres sin piel recorren esas calles como robots estrenando batería. Se mueven en círculo, en una ciudad que ya no les pertenece. Una ciudad que se niega, tercamente, a volver a la normalidad.

EL ABSTEMIO

Mauricio Naranjo

Cuando abrieron los bares sin alcohol, el abstemio hizo fiesta. De bar en bar, recordó aquella época donde la ebriedad era su patria. Ahora, después de un largo período de abstinencia, vio una bella oportunidad para regresar a su hogar espirituoso, y bebió un litro de café negro mientras sonaba su canción preferida e intentaba olvidar su antiguo nombre.

19

Laura Cecilia Chaves Herrera
Eliana Milena Toncel Mozo

El COVID-19 no fue una alerta o análisis de riesgo que alguna persona en Colombia posiblemente haya incluido en sus planes de trabajo, estudio, hogar, estilo de vida o propuesta artística. Nada. Pero resulta que la globalización y el efecto de sistema mundo no solo funciona para la economía, la moda y el internet. Las plagas, las enfermedades y la desigualdad nos explotaron en la cara. Un mundo distópico. El no lugar. El confinamiento. Poco a poco, bajo efecto dominó, el mundo cerró las puertas, atrincheró las calles, abrazó al de al lado. El Estado en medio de su intento inoperante de gobierno, simuló, simuló una respuesta rápida. Los ricos salieron a comprar, los pobres salieron a pedir, los de clase media no pudieron comprar y no pudieron pedir, y de repente todos nos sumergimos bajo el manto de la

pandemia como una verdad. Durante estos meses algunos han sido muy hábiles para encontrar medios, caminos, aliento y respuestas a un mundo que se hace llamar conectado, otros sucumbieron mares de dificultad para conseguir red, prender un pc, o conectarse a una plataforma. Nos dijeron hay que pausar, pero no tanto, hay que estar en casa, pero actuar como si no estuviéramos, hay que reflexionar y cambiar, pero mantener los mismos modelos de vida y ritmos del habitus necesarios para que las instituciones y el mercado prevalezca. Así cada uno se envolvió en su propia telaraña.

Muchas verdades se han puesto a prueba. ¿Que todo el mundo tiene acceso a redes?, ¡falso!, ¿que las nuevas generaciones son nativos digitales?, ¡falso!, ¿que podemos reinventarnos?, ¡tal vez!, pero ¿a qué costos? y ¿bajo qué ritmos? Y así poco a poco la vida encontró la forma, el habitus se adecuó. Pero también afloró el hambre, la rabia, el miedo, la angustia, el desasosiego, la desconfianza, el maltrato, la pereza, la desidia… ¿qué sentido tiene lo urgente? ¿Qué es realmente importante? Para los trabajadores mantener su trabajo, para los ricos mantener su dinero, para los empresarios salvar su capital, para los políticos no perder el poder, para la academia no perder su lugar. Para todos salvaguardar la vida. La educación enfrenta su mayor crisis metodológica, el giro epistemológico del que hacer y el saber hacer ¿Cómo mantener la atención? ¿Cómo abordar la práctica? ¿Cómo situar un conocimiento en medio del miedo? El aula pasó a ser la casa, la mesa, el cuarto, el baño, el árbol, la calle. Los más afortunados pudieron elegir como continuar, los menos afortunados no pudieron ni opinar, muchos otros aún nos encontramos buscando el acomodo. Dos meses de sacudida y los pendientes empezaron acumularse, las ideas agotarse, las responsabilidades a pasar su cuenta, las durezas se ablandaron y los más blandos se endurecieron. Lo más duro fue perder la noción de libertad, autonomía, seguridad y tiempo.

Las escuelas, colegios y universidades fueron las primeras en cerrar sus puertas, los nichos del conocimiento, los amigos, la experticia, estilos, las identidades y los pensamientos se empaquetaron con

premura y se guardaron en pequeñas cajitas de plástico, circuitos y minerales, que comunicaron a través de más cajitas y ondas y nos obligaron a sostener esas rutinas.

El teletrabajo y el tele-estudio, antes mancillados, burlados o minimizados se volvieron el centro. Fue el momento entonces de moldear el lenguaje comunicativo -y cada quien encontró una manera propia de entenderlo- en estas "nuevas" aulas del conocimiento aparecieron nuevas rutinas y códigos, nuevos mensajes que se volvieron hitos, y frases como "me están escuchando" y "profe no le oigo, no le escucho, ¿me puede repetir?" se volvieron las horas más confusas -nos hacíamos conscientes de nuestros limitantes- de sabernos en medio de nuestro nicho, pegado a una cámara y un micrófono tratando de entender, o por lo menos de escuchar. La forma de conversar era otra, no dependía solo de la interacción humana y de sus habilidades sino, y esta vez con más ahínco, desde sus condiciones, desde sus tecnologías, desde su ser más puramente mecánico. La idea de un mundo interconectado y tecnológico nos mostró de frente como muchas veces más que ser un medio para potenciar, pudo serlo más para separar. Algunas veces se perdía la atención y otras simplemente no era posible escapar a vivir-espontáneamente este nuevo lugar. Y en medio de estos nuevos códigos también nacieron y afloraron los afectos, la relación se volvió íntima, a veces horizontal, la virtualidad nos reforzó la autonomía a decidir a saberse resistente, resilientes y optimista a dar el clip que te conectaba con ese mundo imaginario del saber. Vale decir que, en medio de una pandemia, sacar la voz aliciente, la escucha atenta y la idea propicia debe decirse es el acto más alto de valentía, de amor a su labor, de compromiso con la esperanza, porque, aunque vivimos en un mundo hecho a punta de guerra, nunca nos hemos preparado corresponsablemente para la muerte. Ahora solo nos ronda la muerte.

Estas nuevas aulas -que no son tan nuevas- pero que esta vez son el medio hegemónico, retó el mundo de la práctica, ¿qué hace interactiva una clase? ¿Cómo el acto experiencial in situ se trastoca con

la necesidad de recurrir al video, al audio, al instrumento para poder evidenciar y ejemplificar lo aprendido?, ¿cómo corregir, orientar? ¿Cómo entender? ¿Cómo experimentar la enseñanza? ¿Cómo realmente participar? ¿Cómo ser práctico? Aquí cabe señalar que la complejidad varía en cada corriente académica, los estudios teóricos se reforzaron, los mecánicos, prácticos y experienciales se convulsionaron, no solo por sus necesidades y tradiciones de enseñanza cuerpo a cuerpo y de manera procesual, sino porque fue difícil imaginarlo. Este contexto afirma que la educación está en la interacción con el docente y no en la infraestructura, que el conocimiento virtualizado, bien pensado preparado y potenciado puede ser una alternativa altamente eficaz para democratizar el conocimiento, el acceso a la educación superior y el mejoramiento de la vida digna de los sectores menos partícipes en los procesos de formación. ¿Que implica nuevos retos? Sí. ¿Está intrínsecamente relacionado a la necesidad del mejoramiento del acceso a recursos y redes? Sí. ¿Implica nuevas voluntades? Completamente.

El contexto sociopolítico desigual nos augura momentos difíciles, dogmáticos, con mayor restricciones a la libertad y la autonomía, las metodologías participativas en perspectiva de red, interconectadas, multiniveles y sistémicas deben ser las mayores aliadas de los procesos de formación, pero con esto no queremos decir que todo deba ser más complejo, por el contrario, la práctica de volver a cultivar su imaginación, a la transmisión de un conocimiento simple y trascendental, capaz de germinar la semilla más distante, a difundir la inquietud, a mantener viva la llama de la curiosidad, a no decaer ante la rutina del aislamiento y a sorprenderse de su propia capacidad de auto creación. Y esto implica transformar las formas secuenciales, programáticas y separadas con las que sucede la academia, esto implica volver a la formación holística, a la comprensión de la naturaleza desde la observación atenta y transformadora, a la transversalidad del saber, porque la vida sucede así, conjunta, no se vive la pandemia separadamente de la educación, ni del trabajo, ni del amor, se vive visceral-

mente, caótica y anárquicamente junta. Este momento histórico para nuestros ojos, pensamientos y forma de existencia nos ofrece y obliga conjuntamente a tener que dudar de lo que considerábamos impensable, inverosímil. ¿Qué proponemos entonces? Conducir un pensamiento de formación que incite al estudiante a romper con la noción separada y fragmentada del aprendizaje, del saber hacer, e invitarlo a explorar el conocimiento concertado con la experiencia de su propia vida, la autoexploración de sus habilidades y limitantes, la conciencia de un pensamiento crítico y propio, pero sobre todo sobre el uso de sus extensiones -y aquí cabe decir que debe ser acompañado de las estrategias y profesionales en caso de necesitarse- si el aprendizaje ya no es un aula física y sostenida en la presencialidad, es necesario potenciar nuevos valores y nociones sobre el aprendizaje colaborativo, nuevas reglas de interacción en el espacio de negociación. La participación y exploración no puede estar sujeta al tutor remoto, este debe ser solo un canal de conducción de su propia experiencia y aquí es fundamental poder explorar planes de trabajo particulares con características comunes y colectivas, la academia debe entender el peso contextual de los afectos, las emociones y los ritmos y sobre ello erigir sus pilares de innovación, equidad e impacto; solo aprendiendo a reconocer nuestras propias extensiones, la proxemia con nuestros nuevos y viejos entornos podemos entonces empezar exigir conocimientos, a transmitirlo, a germinarlo. La experiencia 2020-2021, debe cambiar nuestra forma de producir, centralizar y acelerar la académica. El pensamiento crítico, el juego y la lúdica deben ser pilares necesarios para la seguir explorando y sosteniendo las bases metodológicas de la formación que mantengan la cordura.

Este un momento de expansión y replanteamiento, una oportunidad para volver sobre los pilares más inamovibles de la educación, como los currículos, los estándares, la presencialidad y la corresponsabilidad en los compromisos prácticos de las diferentes asignaturas que se estén cursando, evitando que, estudiantes, profesores y familiares o acompañantes terminen naufragando en mares de ejercicios.

Aquí vale decir que se hace necesario potenciar redes más allá del docente para acompañar la experiencia de autocreación, monitores, comisiones, acompañantes, que tejan redes de apoyo emocional, formativo y técnico para el cumplimiento de los objetivos. Estudiar en este momento más que nunca, debe proveer al estudiante la posibilidad de pensarse y verse en su mundo y los otros mundos posibles.

SILENCIO SEPULCRAL EN LOS SUPERMERCADOS

Claudia María Maya Franco

Mercar, hacer las compras, había sido hasta entonces una tarea que quincenal o mensualmente se realizaba sin mayor sobresalto ni novedad. Era habitual hacerlo de un modo un tanto maquinal, cuando se trataba de productos corrientes o con gran entusiasmo cuando mediaba la ilusión de alguna cena romántica o encuentro en casa con amigos.

Pero no se esperaba que ir de compras, abastecerse de alimentos, fuese a convertirse de un día a otro en la única salida que podrían realizar los ciudadanos. A partir del anuncio del confinamiento las restricciones fueron creciendo. Una cárcel de fríos muros fue encerrando paulatina y vertiginosamente, en sus propias casas, a quienes las tenían. Había muchos que no, por cierto, cuya suerte era indudablemente más oscura. Ir de compras pronto, inauditamente pronto, pasó de ser una

tarea cotidiana, eventualmente molesta, a convertirse en una diligencia fría y opaca, con lo que la situación se tornaba penosa.

No había en los supermercados la "música ambiental" con la que, como si de borregos se tratara, se inducía en los clientes un estado de ánimo consumista o, por el contrario, afán por marcharse cuando el almacén estaba a punto de cerrar. Ni riesgos de degustaciones, morosidades innecesarias en la elección, saludos a un eventual conocido ni posibilidades de decirle a una señora con mayor experiencia en la materia, que nos ayudara a escoger la yuca. Nada de eso. Como si de una novela de ciencia ficción se tratara, los clientes iban solos, en una especie de acto furtivo. Mascarillas de todos los estilos, colores y procedencias, en las que no faltaba la improvisación y en ocasiones la creatividad, flotaban a una altura humana, deambulaban pegadas a unos rostros ahora inexistentes como si de una nueva moda se tratase. La peste había igualado a todos, no solo en el encierro, la posibilidad de enfermar y morir, sino también en el borrón de sus rostros.

El temor ascendía en cifra directamente proporcional a la del confinamiento. La distancia inquebrantable de tres metros entre individuos difícilmente era cuestionada. Se entraba por turnos y se tenía precaución de no tocar el producto que otros, potenciales enemigos endémicos, habían tomado entre sus manos. Así, el único momento de sociabilidad, que no fuese digital, se había reducido a una especie de acto anómalo, que no se disfrutaba. Al llegar a casa la compra parecía un botín obtenido sin derecho y que ya no ocasionaba el placer de la abundancia sino la confirmación de la condena.

DESDE LA VENTANA

Ilvar Josué Carantón

"¡Esto es como para una película de Buñuel!", dice Andrea mientras observa por la ventana y bebe de un pocillo con café.

"¡Nada peor, nada más obsceno y criminal que los ricos de países pobres!". Repite con asco saboreando el delicioso café de montaña que se ha preparado. Sabe que vive en uno de los países más paupérrimos del planeta.

Trabaja en los informes de Derecho Humanos en su país, pero hace un alto en la labor mientras chatea. Está acostumbrada a permanecer encerrada, a comprar lo necesario cuando se dedica a escribir y a alejarse del mundo. No se baña ni organiza la cama ni arregla el apartamento.

El humo del cigarrillo y la cafetera, no paran de darle al ambiente un panorama, según ella, bastante romántico. Se siente como un de-

tective de novela negra en su oficina de un barrio marginal. La escena le gusta, le encanta porque se imagina viviendo en una película.

Pero la película que vive ahora le inquieta y termina enviándole un mensaje que dice:

> "Todo es muy tranquilo por el momento. Mis relaciones familiares por estos días fluyen bien... Buena conversación que comenzó con el daño de la nevera... Con mi refrigerador, hemos hablado de lo que significa estar una cuarentena juntos, y de forma acertada me hizo saber que estaba siendo muy demandante de su ser, y por ello debíamos regular nuestra relación... La licuadora ha pedido atención, no permite que la deje trabajando sola… Requiere que le ponga la mano en la cabeza para no desbaratarse... Quien ha estado muy feliz de verme en casa es la aspiradora... Me dice que le doy un segundo aire…
> Y así vamos fluyendo entre nosotras ♥♥♥♥"

Quedo en silencio y suelto una estruendosa carcajada.
Ella sigue:

> "Te decía que no conecto con ninguno de esos sentimientos porque ando súper ocupada en casa (ni locura ni miedo me poseen por ahora). Me preocupa que el futuro esté en nuestras manos, los acostumbrados a hibernar por años y cuya compañía más grata es la propia, jajajajaja.
> Así somos por eso sobreviviremos siendo los más felices"

Al otro lado del chat no hay respuesta, él espera que ella continúe:

> "Manejar la soledad fue un reto en mis últimos años de vida Zen, pero ya vamos saliendo del asunto. Mi conclusión es que el planeta está retando el estatus quo general y

de confort particular y si no es por el bicho, es por el encierro, y si no es por el encierro, será la nevera, una gastritis o unas hemorroides."

Él le dice: "Sabes que ayer estaba en la sala tomándome una cerveza y de la nada apareció un man diciendo que vendía jabones. Al principio me asusté, pero charlando me di cuenta que era una buena persona y me estaba invitando a que armáramos un club o algo así, entonces fue cuando desperté."

Al unísono ríen sin parar y los jajajajajajaja y stickers llenaron las pantallas de los móviles, hasta que solemne ella escribe: "¡Al finalizar todo esto, no creo que nadie salga de casa igual que como entró!"

Andrea se dirige a la cafetera, sirve más café y continúa observando las calles vacías desde la ventana.

EL SOLITARIO

Mauricio Naranjo

Antes del decreto que obligaba al confinamiento, su alma en pena ya había construido una bella prisión de porcelana. Como un cartujo, hizo un voto de silencio perpetuo. La ausencia y el vacío eran su territorio, en la inmensidad de su mirada. En la plenitud de su encierro, rodeado de cítricos y arreboles, salió un día de pico y cédula, y descubrió que afuera solo había sombras, un mundo simulado, aparente, que la esencia, la realidad verdadera estaba en los límites de su hermosa nada infinita y mortal.

EL COVID-19, UNA OPORTUNIDAD FORZADA PARA LA REINVENCIÓN

Frensis Isaac Salcedo Fontalvo

En este texto, a manera de ensayo, se pretende hacer un análisis sobre la COVID-19, y sus consecuencias en la vida de las personas, mirando el momento y sus resultados en torno al desarrollo de las comunidades en el futuro, en el cual se quiere discurrir sobre las oportunidades que esta crisis trae consigo, porque hay que recordar que "después de todo alud viene la calma", y es precisamente en esos momentos de calma cuando hay que pensar en la reinvención para el quehacer de la gente, porque ya la vida sobre la inmensa tierra no volverá a ser como en época antes del COVID-19 o Coronavirus.

No se sabe si es locura o cordura, pero esto se cree. El año 2019, sorprendió a la humanidad mundial con la COVID-19, un virus implacable que terminó aislando a las personas de la sociedad, apartándose de sus acciones cotidianas, para evitar el contagio con esta plaga que viene acabando la vida de miles de humanos sin mirar raza, ni

credo, ni color político, ni estrato social; pero, que su objetivo principal son los seres humanos de mayor edad y las personas con enfermedades de base y crónicas; eso contemplan las estadísticas a nivel mundial, que con el aumento progresivo de individuos infectados y con un alto índice de muertos a causa del microscópico "personaje", la Organización Mundial de la Salud (OMS), le dio los honoris causa de pandemia. Ante semejante título, se prenden las alarmas en todos los países que componen el globo terrestre, aparecen las medidas preventivas para poder evitar el contagio y la propagación: lavado de manos constante, uso de tapabocas y el aislamiento en casa, que muchos llaman cuarentena y algunos confinamiento: acciones de los eufemismos; las empresas envían a sus empleados a casa; algunas con salarios y otras confinan a su personal en sus respectivas residencias sin dinero dejándolos a merced de las preocupaciones para que sean presas del estrés; entonces parece que esas personas fueron dirigidas al patíbulo para que mueran a causas del estrés o por la COVID-19; se formó el disparate universal, con la mayor parte de la población que subsiste del diario vivir: el rebusque, el puerta a puerta, el agáchate y escoge, la llamada economía informal, que ha dejado al descubierto en Colombia, para no saltar al patio del vecino, que es esta la que mueve en el mayor porcentaje al país. Por su parte el gobierno nacional, implementó una serie de medidas para sopesar la situación sin la preparación previa, aparecen los subsidios solidarios, la entrega de alimentos a los pobladores más vulnerables, la educación virtual (sin la preparación de los docentes en el tema de la pedagogía en tecnologías, la falta de conectividad y accesibilidad de Internet en varias regiones del territorio), que la hacen difícil, casi imposible de cumplir en este espacio que se llama Colombia, y que se ufana en promulgar una educación de calidad, pero que sus resultados no se ven y están lejos de alcanzar, según los estándares internacionales para la calidad de la educación. La madeja se sigue enredando, la corrupción que pulula en este país del sagrado corazón, extendió sus tentáculos colocando sobrecostos en los productos de la canasta familiar que

fueron entregados a las familias, con contratos exagerados donde un producto con precio normal de $ 4.000, lo colocaron por $ 19.000, solo para mostrar un referente de tantos. La situación es aprovechada por muchos gobernadores y alcaldes, para mostrar la foto cargando una cajita semivacía con productos comestibles insuficientes que fue entregada a una familia, aprovechando que la pandemia mantiene distraída y preocupada a la humanidad por la situación de salud, sin mirar que la gestión de algunos de estos mandatarios no ha arrancado, porque la pandemia la han utilizado como sofisma de distracción, como lo afirma Albert Camus, en su libro *La peste*, donde la gente se mantiene en un letargo sin alarmas que terminaron en la muerte colectiva de los habitantes del poblado, alcaldes y gobernadores escudados en los rincones del Coronavirus, nombre con el que se lo conoce al COVID-19. Cualesquiera sean las situaciones, es necesario entender que el mundo humano está hoy, caminando de cabezas con los pies hacia arriba como queriendo besar las nubes, la gente atemorizada por las innumerables informaciones que han desvirtuado la realidad, se mantienen con los pelos de punta entre el pánico, el terror y el horror, viendo montañas de cadáveres en cualquier ciudad del mundo, en espera acelerada que encuentren la vacuna para no morir por consecuencias de COVID-19, porque es mejor fenecer por desamor (como sucedió con Francisca en los tiempos del cólera, según relato de García Márquez) y de hambre por falta de empleo, que por el virus, que algunos expertos conceptúan que no es natural, sino biológico creado por los grandes imperios del mundo para acabar con la población adulta que le trae problemas a los gobiernos por los costos de sus sostenimientos. ¡Amanecerá y veremos, dijo el ciego!

De lo planteado anterior, se debe sacar lo bueno, porque los seres cognitivos, tienen la capacidad de razonar y buscar soluciones a los problemas diversos que a diario pone la vida; entonces es justo acotar, que los colombianos vienen dormitando como lo hace la piragua de Guillermo Cubillos, figura narrada en el bello canto del maestro José Benito Barro, "La piragua", en espera que las calmadas aguas la

traigan a las orillas para seguir cantando coros al compás de las sirenas acuáticas enamoradas, por tales motivos, es vital que cada uno de los habitantes de la redonda tierra, analicen los beneficios y los contras de la situación actual como sugiere Etanislao Zuleta en su ensayo denominado "El elogio de la dificultad", donde plantea que las dificultades deben ser aprovechadas para cambiar de actitudes y aptitudes, para hacer reingeniería en la vida de cada individuo, por lo que es imperativo en estos momentos que la gente se reinvente, que cambie de paradigmas; es necesario salir de la zona de confort, para entrar en las aguas turbulentas que enseñan a navegar a las personas en medio de cualquier tempestad, para salir airosas; los docentes a replantearse nuevos esquemas y formas pedagógicas para entregar el conocimiento a los discípulos, los médicos a ser más humanos con sus pacientes que son de carne y huesos, los gobernantes a entender que gobiernan para su gente y que no son eternos en el poder, la familia a reencontrarse para amarse y abrazarse, con miras alcanzar la meta de la felicidad.

De lo anterior, es de gran valía apuntar que hoy cobra fuerza y actualidad aprender a convivir en comunidad, en sociedad, para mantener en armonía el equilibrio emocional, debido a que el encierro o confinamiento producen ocio, aburrimiento y otras reacciones propias del ser humano cuando ve que sus gustos o placeres que le dan sentido a su vida, son vulnerados, y en este caso por causa del amenazante virus que se pavonea por el mundo como amo y señor de los espacios que son propios de los sujetos.

Para proseguir, es necesario abordar la palabra convivencia que hace referencia a vivir juntos, compartir la existencia por tiempos y espacios variables. Para que la convivencia resulte armónica se necesita que haya reglas claras, comprensión, respeto y empatía entre los grupos que constituyen las comunidades, por ello, la convivencia trata de la construcción de un modo de relación entre las personas de una comunidad, sustentada en el respeto mutuo y en la solidaridad recíproca, expresada en la interrelación armoniosa y sin violencia

entre los diferentes actores y estamentos de la comunidad a la cual pertenecen.

Según Benites Morales (2011), la convivencia constituye para los seres humanos una práctica de relaciones interpersonales que modula una manera y una forma de vivir en sociedad. Convivir para vivir es un reto en la vida de las personas, las experiencias vitales de socialización se inician en el seno de la familia, conviviendo con padres, hermanos, y otros familiares, escenario donde se van construyendo y desarrollando las primeras habilidades intrapersonales e interpersonales y configurando las actitudes, prejuicios y valores, que de hecho son de suma importancia para lograr la construcción de sociedades inteligentes y proactivas para el bien común de una colectividad e individual de cada persona.

Por tales razones, Marchioni (2001) dice: "La satisfacción de las necesidades humanas tiene una doble dinámica: la individual y la colectiva" (p. 82). Esto quiere decir que los seres humanos se mueven en dos escenarios importantes, el individual y el colectivo para los cuales se desarrollan y viven, por lo que las personas tienen una necesidad de los dos para seguir sus vidas normales, pero se les deben brindar los escenarios por parte de los gobernantes en cada territorio. Más tarde cuando ha de pasar la crisis se verán con claridad las realidades sociales y gubernativas que mostrarán la cara infortunada de las malas acciones de los gobiernos.

Para puntualizar este recorrido en los mares de las letras y la reflexión, es pertinente apuntar que la COVID-19, enseña que hay diversas formas para andar en la existencia y que los caminos hacia la victoria son diversos; solo hay que saber tomar el preciso para llegar sin contratiempos, ni cansancio. Recuerda que el labriego siembra la semilla, aunque la tierra tenga sed porque el agua no viene, pero siempre guarda las esperanzas de que el vital líquido caiga a torrentes; luego recoge su cosecha feliz y lleno de esperanzas. Entiende que hay que reinventarse, la reingeniería es su campo de acción y el cambio es un imperativo, hoy.

Bibliografía

Benites Morales, L. (2011). "Convivencia escolar y calidad educativa". *Revista Cultura.*

Camus, A. (1992). *La peste*.

García Márquez, G. (2007). *El amor en los tiempos del cólera.*

Marchioni, M. (2001). Comunidad y cambio social: teoría y praxis de la acción comunitaria. Madrid: Editorial Popular.

Zuleta, E. (1980). *El elogio de la dificultad.* Ensayo.

INSOMNIOS Y OTROS DEMONIOS

Maribel Giraldo

Cinco meses sin recibir el sol. Tres días en el campo tratando de recuperar el color de la piel que ahora se muestra completamente desteñida y pálida. ¿Cuántos días han transcurrido en este esfuerzo inútil de recuperar el sueño? No poder dormir, enfrentar cada noche a la soledad, un perpetuo estar conmigo misma que aterra cuando llegan los miedos, haciendo un ruido incontrolable, insoportable. Noches enteras sintiendo cuánto pesa la incertidumbre. Noches de reencuentro con mi esencia, a punta de perderse en esta rutina de mirar y escuchar el celular y en él lo sórdido de unas realidades que persiguen y roban la calma.

Ahora el movimiento del auto y el regocijo por el reencuentro con la tierra, con las semillas, con la esperanza. Parece mentira que después de tanto intentarlo, ahora tenga en mis manos la autorización

del viaje. ¿Cómo podrían negarse frente a las evidencias que puse en sus fríos escritorios en los que se define la libertad o el encierro? Una historia médica y una fórmula con medicamentos e instrucciones del psiquiatra fueron suficientes; algo de compasión debieron sentir al saber que el sueño me había abandonado; un diagnóstico de crisis severa de ansiedad, que les debió haber devuelto la imagen de una mujer delirante a punto de cortarse las venas, o tal vez han padecido largas noches de insomnio. Poco importa qué los movió, el caso es que entre mis manos tengo lo que permite ahora moverme, viajar…

Por supuesto. ¿Qué pensaría mi psiquiatra frente a mi deshilachado discurso cuando en otros momentos, las consultas eran un tejido de historias que hasta lo hacían reír por mi rebeldía? Su sentencia retumba en mis oídos ¡Crisis severa de ansiedad! Su explicación es sencilla pero contundente. –Querida, perder tu espacio de trabajo es la razón de tus angustias, de tu insomnio- Sí, ahora lo pienso, un gigantesco consultorio donde realicé por 8 años mi labor de artista y terapeuta, donde celebramos las fiestas, los cumpleaños y sobre todo la fraternidad, un espacio llamado "La casa del arrullo". Ahora cerrada.

Esta vez no tuve fuerza ni ganas para discutirlo. Pero yo siento que no es solo eso, esta cuarentena extendida, me privó del movimiento, de los abrazos, de las celebraciones, de las alegrías, de los encuentros. Todo aquello que sanaba mi alma, ante tantas malas noticias. Ahora en el encierro las noticias son peores. Corre más sangre, muere más gente asesinada que por el COVID-19. Hasta he pensado, aunque me llamen *conspiradora,* que encerrarnos les dio vía libre para desatar abiertamente toda su capacidad de corrupción y criminalidad.

Hoy estamos frente al frío ordenador, avasallados por lo digital, ese mundo que nos deja sin dolor ni cuerpo, ¿cómo soportar tanta infamia?

El movimiento del auto me devuelve la esperanza, ahora mi ansiedad es volver a la tierra, la misma que me redime como humana y me conecta con la vida; me devuelve la corporalidad y me apacigua. Tal vez este tiempo ha surgido para escuchar el palpitar de la vida, para

parar esa carrera loca de trabajar incansablemente, para no escuchar la barbarie cometida con la tierra.

Esta pandemia me devolvió a un lugar sagrado, aquel donde mi madre era feliz en medio de sus penalidades. El jardín me devolvió la paciencia. Definitivamente este es un viaje hacia adentro, un tiempo para detenerse, escuchar el cuerpo y todo aquello que lo habita. Un tiempo para buscar la libertad, aquella que nos permite la conciencia. Para ello, hay que apaciguarse.

EL SILENCIO DE LOS PINOS

Alejandro Maya Franco

Una idea negra y nefastas pesadillas habían cobijado la noche anterior el sueño de Bernard. Las dulces palabras de su madre, la leche tibia, las caricias y las palabras: "duerme mi niño, pues yo siempre estaré a tu lado y nada habrá de pasarte, mañana será un nuevo día…" no habían bastado. Vestido con su uniforme abordó la ruta escolar, con la certeza de que nada en realidad estaría bien. Era una mañana gris, y aun así bella. Inspiraba algo de melancolía. Bernard no intercambió láminas de superhéroes, ni se dirigió a la chica de cabellos rubios que le gustaba, no ocultó sus canicas en sus calcetines para evitar la amonestación del conductor, ni se sintió intimidado por Terner, aquel chico que hacía su vida imposible y robaba su sándwich de jamón y queso, aderezado con aquel ingrediente secreto que le agregaba su madre cada mañana.

Para sorpresa de todos, la maestra no lanzó su grito habitual. Era una mujer con un delantal de carritos bordados, y una sonrisa de enormes dientes que, sumada a una repugnante nariz aguileña, provocaba terror en los niños. Este día la tarea asignada por la señora Morris parecía muy simple. No se trataba, como siempre, de una engorrosa labor cotidiana sino de una apremiante salida escolar absolutamente inhabitual. Nadie pareció entusiasmado con la idea. Habría podido cortarse el hilo de la tensión con una tijera oxidada. Bernard se preguntaba por qué en esta ocasión no se pidió la imprescindible boleta de permiso a ningún padre, y por qué los niños prescindían de gritos de júbilo y alabanza. La señora Morris dio la orden de formación y los chicos obedecieron. Pit, un chico de pelo rojo y notables pecas puestas en un rostro pícaro, no hacía oda de su habitual humor. Preguntó a la señora Morris a dónde se dirigían.

"Si tanto queréis saberlo, os diré que hay una agradable y notoria cabaña a las afueras del pueblo, siguiendo el bosque de pinos al sur. Ya debéis saber de ello, pues sé de vuestras huidas hacia el río, para atrapar peces y burlar las clases." Nadie jamás había hablado de tal cabaña. Pero ¿cómo poner en duda las palabras de la Maestra Morris? Pasados unos minutos Morris se detuvo y dijo a sus alumnos: "Proseguid, no os desviéis hacia la izquierda como habitualmente hacéis, y encontraréis la cabaña. Allí os estarán esperando. Será mejor que obedezcáis, de no ser así no querrías conocer las consecuencias."

Dicho esto, la señora Morris emprendió su retirada. En ese momento Frida se sintió en el deber de tomar la batuta de la orquesta con el fin de resarcir el ánimo de un triste pelotón de soldaditos de plomo, que marchaba irregularmente por un sendero que antes les hubiese llenado de felicidad. Unos quince minutos más tarde, se reveló gradualmente una muy bella cabaña grande de madera, con corredores externos y un sinnúmero de ventanas. No poseía el rústico característico de la vivienda de un ermitaño, tampoco el de un cazador de lobos. No parecía hogareña sino más bien siniestra.

Al ingresar el grupo se permitió un pequeño solaz, como si se encontraran en una de esas cabañas repletas de galletas, que atraen la mente curiosa de los niños. Sobre las mesas, muchas viandas y caramelos descansaban en delicados contenedores. Del techo colgaban canastillas repletas de frutas. En cada uno de los puestos había una nota escrita con letra a pluma que decía: "Disfrutad todos de este espacio, pues actualmente os pertenece. Comed y bebed. Que tras el gran banquete seréis todos deleitados por una exquisita proyección". Tras disfrutar del banquete, una puerta se abrió de golpe, dejando ver un salón minimalista en el que había un proyector encendido. Los niños ingresaron eligiendo lugares en el suelo. Bernard se hizo cerca de Frida con la esperanza de reposar en sus piernas. Esta solo era una idea platónica, pero masoquistamente satisfactoria. Las luces del salón se apagaron y unas pesadas persianas negras descendieron de los alfeizares de las ventanas, la máquina echó a correr y la cinta del proyector produjo aquel mágico sonido que dió inicio a la cuenta regresiva de la imagen proyectada en la pared: 5, 4, 3, 2, 1.

Tras lo que percibió como un inevitable pestañeo, Bernard despertó de un incómodo sueño, envuelto en una sensación de tristeza, desasosiego, frío y miedo. Fijó su atención en Frida, y percibió que sus mejillas habían perdido aquel alegre rubor que caracterizaba su rostro. Parecía enferma. De regreso a casa la indisposición, la sed insaciable y un agotamiento extremo, eran experimentados por todos. Frida decía no poder dar un paso más y Bernard hubiese querido tener fuerzas para llevarla en sus brazos. Pero se sentía cada vez peor: su piel hervía, como si se hubiese puesto horas cerca de la lumbre y un frío intenso llegaba a cada uno de sus huesos, como si le hubiesen enterrado en la nieve. Con horror notó cómo dolorosas protuberancias comenzaban a alzarse en su cuello y axila, la saliva le era cada vez más escasa y un infernal ardor provenía de su garganta. Por fin logró llegar a casa y estar en los brazos de su madre. Aquella noche fue terrible: las protuberancias se habían extendido a las zonas inguinales y ahora se tornaban de un color rojizo, que producía un insoportable

dolor al tacto. Bernard temió por su vida y por la de sus compañeros de curso.

Al día siguiente su madre telefoneó al doctor Graham, un sabio anciano que había traído al mundo a casi todos los habitantes del pueblo. Podría decirse que había burlado al olvido. Tras un examen minucioso les informó que hasta el momento todo parecía indicar que el niño padecía un fuerte virus. Habría que observarle con atención, hidratarle bien y aliviar sus síntomas. La visita fue corta, tenía prisa pues Bernard no era el único paciente en su lista. Un sinnúmero de llamadas había llegado esa mañana a su consultorio. Con rostro de desconcierto comentaba que el virus se propagaba con rapidez y agresividad mortal, sobre todo en los ancianos y las mujeres. Decía no entender la conducta de dicha patología y hablaba de la necesidad de una urgente reunión con las autoridades.

El tercer día de la quinta semana, la imagen cadavérica de la capa negra con su hoz, tocó la puerta del hogar de Bernard tomando la vida de su madre por derecho propio. El chico se vio obligado a observar cómo el cuerpo fue retirado de su casa en medio del llanto de vecinos que aún se encontraban sanos y tenían fuerzas para llorar.

La escuela cerró sus puertas y no quedó rastro de la maestra Morris, el conserje, el director, o la persona a cargo de la cafetería escolar. El único indicio de la presencia del mortal virus se hallaba en las versiones de los niños y en Bernard, quien desde su cama, en medio de los delirios febriles, se esforzaba por repetir una y otra vez: "todo comenzó con la visita a la cabaña del bosque de pinos al sur". Las autoridades decidieron investigar la cabaña, pero todo esfuerzo por encontrarla fue en vano. No quedaba rastro alguno de un lugar con tales características en el bosque.

No pasó mucho tiempo para que a los oídos de Bernard llegara la noticia de la muerte de Frida. Sintió el dolor de la partida de su querida amada en su quebrado pecho, mientras se aferró a las mantas en un doloroso llanto, producto de un fugaz momento de lucidez.

Los últimos en sucumbir a la enfermedad fueron el doctor Graham, las religiosas de un convento en ruinas y Bernard, quien durante una noche lluviosa murió en medio de frases delirantes que decían: "he allí el proyector, no quiero asistir a la cabaña, mis pasos van en retroceso". Bernard murió solo en una cama sucia, aquella que había sido su único hábitat durante los últimos meses.

El pueblo quedó sepultado en una fantasmal inexistencia, borrado de la conciencia del mundo exterior. Sin embargo, en el viento persiste un susurro que expresa lo siguiente: "Seguid los pasos al sur. Allí, tras un corto recorrido, encontraréis una cabaña. Allí, donde habita el silencio de los pinos, ocurrió una historia que nadie podrá contarnos".

SOY, SOLEDAD FRENTE A LA INCERTIDUMBRE

María Goretty González Tafur

La irrupción de la inevitable pandemia que azota cada rincón del mundo que conocemos causa caos. En la fatalidad de la situación, de cara a la esencia del ser, al mismo tiempo que al desastre sucinto, se desarrolla la época actual. El rasgo inesperado nos repele, al igual que nos exige soluciones que se deben inventar, pues no existen. Todo esto acarrea consecuencias para la persona que, al no encontrarse preparada, no sabe corresponder a sus necesidades ni a las repercusiones del virus acechante. La afección, entonces, golpea nuestras vidas desde una perspectiva psicológica y social, multidimensionalmente, en lo que la percepción de soledad se posiciona como crucial para el autorreconocimiento.

Es así como nos encontramos con la función teórica del humano racional desde antaño, haciéndonos proclives a la reflexión, disponiéndonos intelectualmente a conocer la esencia de las cosas que nos rodean y a contemplar nuestra propia existencia. De esta manera, contraponiéndonos con el mundo interior, en exposición a la reflexión y observación del ser genuino, nos enfrentamos a la vulnerabilidad. De este modo, depende de la gestión propia, la manera en que se construye y aprecia esa realidad existente en el plano físico. Pues, el mundo externo y el interno se entretejen, y ese único telar es ahora evidente, cuando a plena luz se hace observable como único y separado de los demás.

Ahora, un aspecto a considerar es que el hecho de que, como especie, nos sintamos amenazados es razonable, sin embargo, el individuo posee unos procesos cognoscitivos adaptativos que han sido estudiados por pragmatistas sociales a partir de influencias como la de William James, que ven al ser humano como un animal práctico capaz de adaptarse a las condiciones y fabricar opciones conductuales. Ciertamente, James contempla que el individuo realiza un proceso de interpretación entre la mente y la realidad fuera de sí, por lo que la mente transforma nuestra apreciación del mundo en uno distinto; el mundo percibido y el transformado se afectan a nuestra voluntad (De Erice Sanchez-Ocaña y Ramón, 1994). Por lo cual, la psicología del ser humano puede complejizar los estímulos externos de diversas maneras e interpretar a su antojo los acontecimientos para adaptarse al mundo, teniendo claro que debe suplir necesidades básicas y atender a lo que le rodea, encontrándose en soledad del mismo modo que rodeado de otros.

Con todo, el ser humano es uno con el mundo, pero en soledad, pues el mundo en que vive es extraño, y lo es aun más ahora, cuando no puede confiar en el exterior ni recorrerlo debido al distanciamiento social preventivo que pretende evitar la dispersión del virus.

Sobre esto, diversos autores han cavilado acerca de la sensación de soledad. El escritor Octavio Paz le atribuye un doble significado:

por una parte, consiste en tener conciencia de sí; por la otra, en un deseo de salir de sí (Paz, 1998). En ese sentido, para el escritor, el ser humano entiende la soledad en doble vía; bien como un despertar de la conciencia de y para sí, que suele identificarse, para el lenguaje común, como una pena. Entonces, no es casualidad, que se haya acudido al exilio como un castigo legítimo en la antigüedad, como es el caso de Roma. De allí, que el individuo se sienta mortificado, pues atiende a una misma necesidad de encuentro con el otro.

En el presente, cuando la situación sobrevenida obliga a enclaustrarse y a permanecer en quietud, advertimos la convivencia en soledad y, en ese aprender a ajustarse a las condiciones, se nos presenta la posibilidad de autoconciencia como una responsabilidad. Justamente ahora, que se nos obliga a permanecer prolongadamente allí, en la mente, es deber observarla en tanto prisión como liberación, se presenta como prueba, teniendo presente que no se nos permite avanzar al mundo o a la reunión.

En una situación que es sencillo confundir con un sueño, la gravedad de la realidad golpea al individuo en sus necesidades más básicas de pertenencia a un grupo e impacta en lo más profundo, por lo que obedece a él su sometimiento o liberación.

Con todo, inspeccionando y admitiendo nuestra capacidad adaptativa, se encuentran gradualmente soluciones a lo inmediato, de manera prematura. El ser humano interpreta su contexto para adaptarse a él, y continúa construyendo opciones de conducta para satisfacerse. Siendo en el arduo confinamiento, cuando hacemos frente a la fatalidad de ordenar nuestro gran mundo interior y construimos técnicas o propuestas colectivas para vincularnos.

La situación es distinta, y al no poder asimilarla nos percibimos en el abandono, en una desorientación íntima, lo que, a pesar de ser auténtico, es parcial, debido a que se trata de una inquietud enfrentada por la humanidad. Sin embargo, cada subjetividad desadaptada recrea la realidad, convirtiéndose en una realidad múltiple que pretende adecuarse y engancharse con otras subjetividades.

En suma, así como somos conscientes de que el ser humano puede pasar por temporadas solitarias para auto reconocerse, es necesario y posible para él adaptarse a un nuevo modelo relacional. Por lo cual, el presente puede verse como un intervalo acomodativo, si entendemos a la persona como ser creativo y con un accionar capaz de acomodarse a las nuevas condiciones que se le presentan, construyéndose a sí mismo y creando una nueva costumbre.

Bibliografía

De Erice Sanchez-Ocaña, S. y Ramón, J. (1994). *Erving Goffman De la interacción focalizada al orden interaccional*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociologicas-CIS.

Paz, O. (1998). *El laberinto de la soledad*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.

MASCOTAS EN CUARENTENA

Gladys Lucía Acosta

En tiempos de "normalidad" había que ver la pereza que se apoderaba de mí, cuando de sacar las mascotas se trataba. Tantas veces justifiqué el no darles la vuelta, tan esperada por ellos después de un día de encierro. Exceso de cansancio, ya había empezado el noticiero, tenía algo urgente que preparar para las clases del día siguiente o (…). En fin, razones eran lo que sobraban.

Algo cambió con el COVID-19. Ahora Darwin Alberto (un lobo siberiano atípico) ha creado la costumbre de echarse solidariamente en cama e incluso de permanecer cuando me levanto a hacer los destinos o a dar las clases en plataforma virtual. A veces, se levanta y se asoma a la biblioteca. Al parecer, poco divertidas le han resultado las lecciones y prefiere retornar a su descanso en cama; bajo las sábanas, la cobija y la almohada que antes me pertenecían.

Solo al medio día, cuando siente que son horas de preparar el almuerzo, se tira de la cama como resorte y se me adelanta voleándome la cola y mirando de soslayo como pidiéndome la comida. Es entonces, cuando Utría Cecilia (criollita chocoana), que continúa con la vieja costumbre de echarse en la reja, a cuidar que ningún perro se le ocurra levantar la pata para mear la reja, le hace dúo, para que yo los atienda como se merecen.

El encierro en cuarentena parece convenirles; en cambio yo parezco una mica recién cogida. Doy gracias a todos los dioses que la cuarentena tiene excepciones, entre ellas la salida con las mascotas. No me van a creer que estos sinvergüenzas se están haciendo de rogar. Ya son ellos los que me dan la vuelta, a la hora que quieren y siempre calculando que realmente me lo merezca.

Tomo las correas, las llaves, las bolsas y ellos ni se inmutan. Silbo, los llamo por su nombre, pero parecen tener una agenda muy apretada. No me quieren dar la vuelta. Es como si supieran que sin ellos no puedo darme el lujo de atravesar el barrio, así sea por 20 minutos.

VERGÜENZA AL ALBA

Joseph Crawford

Son las 6:00 AM. Un asalariado inconsciente en el pavimento despierta desorientado. Su traje gris, otrora pulcro, está manchado por tierra y líquidos de rancios olores. Los transeúntes evitan su presencia y desvían su mirada. Qué irresponsable. Una niña voltea a mirarlo. Él cubre su rostro con ambas manos, avergonzado.

"¿Mamá, por qué ese hombre no usa tapabocas?"

Autores

Adrián Alonso Arcila Parra es artesano, Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana, Magíster en Neuropsicología y Educación. Autor de textos y diseñador de material psicodidáctico. Actualmente es investigador, docente de cátedra y Profesional de Apoyo Pedagógico –PAP. Sus líneas de investigación se orientan a la educación inclusiva, la memoria histórica y la didáctica.

Alberto Romo Garrido es catalán residente en Barranquilla. Egresado de la Universidad de Barcelona, en la que completó estudios superiores de Geografía, y Magíster en Diseño Multimedia. Actualmente se desempeña como editor audiovisual en el CEDU de la Universidad del Norte. Cinéfilo empedernido, apasionado del género fantástico. Ha escrito en publicaciones digitales como *Judex Fanzine* o *Almas Oscuras*, y en su propio blog dedicado al cine de terror de culto.

Alejandro Maya Franco es estudiante de la Licenciatura en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Alicia Natali Chamorro es Doctora en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesora universitaria e investigadora. Sus áreas de trabajo son la filosofía del dolor, la filosofía de la tecnología y la antropología filosófica.

Álvaro Acevedo Merlano es etnógrafo, antropólogo, poeta, narrador y ensayista colombiano. Profesor de la Universidad de la Costa. Doctorante en bioética, Magíster en Educación y cibercultura, Magíster en Comunicación y Desarrollo. Miembro de la Red Iberoamericana de investigadores en Animé y Manga. Experto en estudios sociales sobre videojuegos y subjetividades. Autor de los libros *Entre comida*

y resistencia (2012), *La vida en los pensamientos de Cristal* (2014) y *Hacia una cultura digital orgánica* (2018).

Ana Alfaro es Licenciada en Ciencias Sociales y Bibliotecóloga del Caribe colombiano. Amante de la literatura, el cine y los cómics; sobre esta última pasión ha publicado capítulos de libro acerca de los aspectos económicos de su mercado.

Claudia María Maya Franco es docente e investigadora. Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, y profesora en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Medellín.

Frensis Isaac Salcedo Fontalvo es Licenciado en Lenguas y Comunicación, Periodista, Especialista en metodologías en la enseñanza del español y la literatura. Magíster en Lingüística. Magíster en comunicación y desarrollo, mención en TIC. Trabajó como periodista y locutor en las emisoras *Radio Piloto*, *ABC* y otras. Dirigió los periódicos *Voz de oriente* y *La provincia*. Publicó el libro *Poemas con los ojos del alma* (2015), así como también artículos científicos en libros en la Universidad del Atlántico, entre otros.

Gladys Acosta Valencia es Licenciada en Español y Literatura y Magíster en Educación de la Universidad de Antioquia. Profesora asociada en la Universidad de Medellín e Investigadora del grupo Comunicación, Organización y Política. Ha liderado varios proyectos de investigación. Co-autora y editora de los libros: *Diálogo de saberes: colectivos y academia* (2016), *Semiótica: estudios contemporáneos* (2017), *Diálogo de saberes y subjetividades* (2017), entre otros.

Ilvar Josué Carantón es docente, investigador, artista, gestor cultural, historiador de arte y Doctorando en Educación. Coordinador del Plan Estratégico para la cultura, Medellín 2021/2030.

Jairo Echeverri Pérez es egresado de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, donde fue también fue docente. También se desempeña como docente en el Politécnico Jaime Isaza Cadavid, Universidad EAFIT e Instituto Tecnológico Metropolitano. Especialista en Pedagogía de la Lengua Escrita de la Universidad Santo Tomás. Actualmente pensionado del Magisterio por el Ministerio de Educación.

Jorge Iván Orjuela Celis es Filósofo de la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana, Becario de la Fundación Juan Pablo Gutiérrez Cáceres y la Pontificia Universidad Javeriana. Coordinador pedagógico de proyectos de Learning One to One. Tiene experiencia en diferentes proyectos pedagógicos en sector público y privado. Participante en diferentes escenarios educativos que buscan mejorar la calidad de vida de las personas a través de la educación.

Joseph Livingston Crawford Visbal es Diseñador de Medios Interactivos de la Universidad Icesi, Magíster y Doctorando en Comunicación de la Fundación Universidad del Norte. Docente e investigador de la Universidad de la Costa. Trabaja en líneas de investigación afines a la Divulgación Pública de la Ciencia, Narrativas Transmedia y Competencias Tecnológicas.

Laura Cecilia Chaves Herrera y **Eliana Milena Toncel Mozonos** ambas formadas en Antropología, y con experiencia en procesos institucionales e independientes de análisis, producción experiencial de conocimiento desde las perspectivas metodológicas participativas y sensoriales. Sus áreas de énfasis laboral, académico y ético tienen que ver con la memoria, los derechos humanos y la superación de discriminaciones o estereotipos. Se definen como "samarias indignadas con los esquemas o límites materiales e intangibles que ofrece la vida, obreras de la palabra y la utopía constante, exiliadas del closet moral,

anticapitalistas futuristas, amantes de la ebullición urbano rural y la diferencia 'chibchombiana'".

Luz Adriana Restrepo Calderón es profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Magíster en Docencia: Lenguaje y Educación, Licenciada en Educación Infantil Especial de la Universidad de Antioquia. Se ha desempeñado como docente en cursos referidos a procesos orales de lectura y escritura, Didáctica de la lectura y la escritura, Educación y Dificultades específicas de la lectura y la escritura. Es asesora de práctica y de proyectos de investigación en el área del lenguaje en pregrado y posgrado de la Universidad de Antioquia y la Universidad de Medellín. Es autora y coautora de varios artículos sobre la enseñanza de la lectura y la escritura en la educación básica.

Maira Mendoza Curvelo y **Angélica Baquero Porras** ambas antropólogas de la Universidad del Magdalena. Investigadoras del grupo de investigación en Diversidad Humana (IDHUM) de la misma institución. Han abordado líneas de investigación desde la Ecología Política, los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología, la Antropología Médica y Teorías Postestructuralistas.

María Goretty González Tafur es egresada del programa de Derecho de la Universidad Externado de Colombia; poetisa y escritora aficionada; feminista en formación, y apasionada por la música.

María Teresa Suárez González es comunicadora social y periodista, Magíster en Lingüística, Doctora en Lenguaje y Cultura, con estudios posdoctorales en Metodologías de la investigación crítica. Su labor profesional está enfocada a procesos de comunicación, periodismo, docencia en investigación y lenguaje e investigación en Ciencias Sociales y Humanas. Su producción investigativa está centrada en temas relacionados con el campo de la comunicación, el lenguaje, Estudios

Críticos del Discurso, representaciones sociales y conflicto social y violencia y poder.

Maribel Giraldo López es estudiante de Filosofía en la Universidad de Antioquia, Terapeuta Pressel y Maestra en Artes Plásticas. Tiene estudios en pedagogías contemporáneas. Considera que su "vida es una continua búsqueda de lo que es un ser humano y para ello tengo como herramientas el arte, la pedagogía, la terapia y ahora la filosofía. Escribo para poner afuera las palabras y las imágenes que me habitan".

Natalia Andrea Giraldo Valencia es egresada del programa de Comunicación y Relaciones Corporativas de la Universidad de Medellín, con especialización en Diseño Editorial. Tiene amplia experiencia en formación, en temas como Actualización del Lenguaje y Redacción, y Comunicación Asertiva, actualmente se desempeña como asesora en Comunicación Digital, copy creativa y administradora de contenidos y redes sociales de marcas y empresas. Tiene otras ocupaciones, como jugar al cronopio aficionado que escribe.

Natalia Rocío Grisales Ramírez es Maestra en Antropología. Docente de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Medellín.

Oscar Mauricio Naranjo Restrepo es escritor, periodista y docente universitario. Sus poemas y microrelatos han sido publicados en varias revistas, tales como *Punto Seguido*, *Fuegos*, *Anagramas*, entre otras. Publicó un poemario llamado *Palimpsestos y tábula rasa* (2012), y un libro de cadáveres exquisitos, *Rara belleza y el hada helada* (2019), junto con Oscar González. Los microrrelatos de la presente selección hacen parte de su libro inédito *Signo cero*.

Rodrigo Ruiz-Lurduy es Doctor en Antropología Social del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autó-

noma de México, Magíster en Sociología y Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Con énfasis en Antropología Cultural, Sociología Cultural y Etnografía. Escritor aficionado.

William Andrés Martínez-Dueñas y Astrid Lorena Perafán-Ledezma ambas enseñan antropología en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Magdalena. Forman parte del Grupo de Investigación en Diversidad más que Humana. Recientemente en co-autoría han escrito: *Biopoder, desarrollo y alimentación en El Rosal, Cauca (Colombia)* (2016), *Postsostenibilidad: Notas antropológicas para imaginar otros futuros comunes* (2018), *Knowledge, perceptions and practices regarding Zika virus of university students in northern Colombia* (2019).

Yuraima Acevedo es periodista con estudios en Comunicación Social. Tiene más de 15 años de experiencia en dirección y realización de contenidos culturales y musicales para televisión pública y privada. De la costa del Caribe colombiano, apasionada por la música y la escritura, es feminista y podcaster.

EDITORIAL DE LA UNLP

Esta obra colaborativa recopila sentires, experiencias y reflexiones en torno a la presencia del COVID-19 y su "nueva normalidad", ya instalada en nuestras vidas. Resignificamos aquellos conceptos cotidianos asociados a la pandemia, como estornudos, gotas y micropartículas, y así estructuramos sus secciones: tras cada ensayo, siguen cuentos y microficciones, todos en una tríada que se repite mientras aumenta la espiral de nuestra paranoia y distanciamiento social. Permitan que esas voces en su singularidad se unan y pueblen un texto que haga memoria de lo vivido y lo soñado, de lo temido y lo anhelado, de lo sufrido, lo anodino, y todo aquello que en épocas de crisis colectiva puede revelarnos tanto de nuestra condición humana. Bienvenidos. Para leer este texto no hace falta usar mascarilla.

Claudia María Maya Franco es docente e investigadora. Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, y profesora en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Medellín.

Gladys Lucía Acosta Valencia es Licenciada en Español y Literatura, y Magíster en Educación de la Universidad de Antioquia. Profesora asociada en la Universidad de Medellín e Investigadora del grupo Comunicación, Organización y Política.

Álvaro Alfonso Acevedo Merlano es etnógrafo, antropólogo, poeta, narrador y ensayista. Profesor de la Universidad de la Costa. Magíster en Educación y cibercultura, Magíster en Comunicación y Desarrollo.

Joseph Livingston Crawford Visbal es Diseñador de Medios Interactivos de la Universidad Icesi, Magíster y Doctorando en Comunicación de la Fundación Universidad del Norte. Docente e investigador de la Universidad de la Costa.

ISBN 978-987-8475-05-9

edulp
EDITORIAL DE LA UNLP